



BIBLIOTECA
DE
LÓPEZ BARBADILLO
Y
SUS AMIGOS

LA ACADEMIA
DE LAS DAMAS

LLAMADA «SÁTIRA SOTÁDICA
DE LUISA SIGEA

SOBRE LOS ARCANOS DEL AMOR Y DE VENUS.

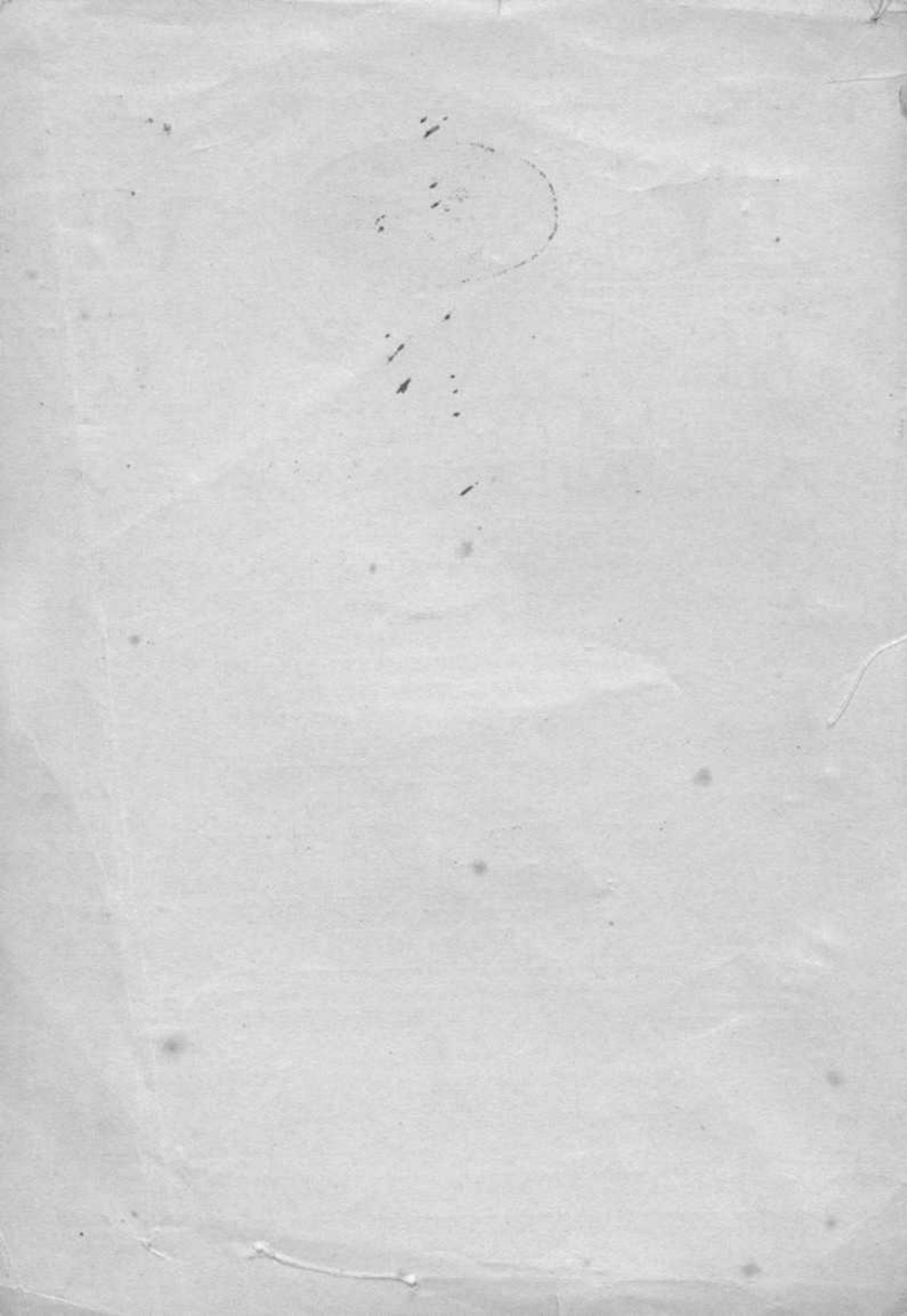
Compuesta en seis coloquios, que son:
LA ESCARAMUZA—EL AMOR COMO EN LESBOS
ANATOMÍA—EL COMBATE NUPCIAL
HISTORIAS DE LASCIVIA—FIGURAS Y MANERAS

AQUI VA PUESTA LA SEGUNDA PARTE

ESCRIBIÓLA EN LATÍN
EL MAESTRO NICOLÁS CHORIER
Y LA TRADUCE EN CASTELLANO
JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO

QUE LA IMPRIME A SU COSTA

EDICIÓN ILUSTRADA CON CUATRO LÁMINAS FUERA DEL TEXTO



DG
CSM

†: 1393558

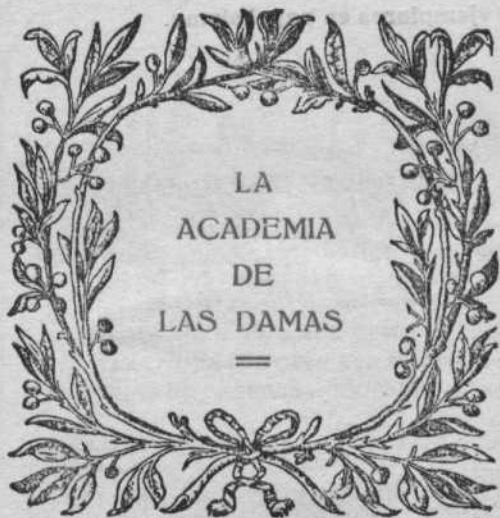
c.



EL IMPUDOR

De un grabado holandés del siglo xvii.

LA
ACADEMIA
DE
LAS DAMAS
=



—Se ha tirado de este volumen,—
—exclusivamente —
—reservado a los suscriptores,—
50 ejemplares en papel de hilo
— y —
300 ejemplares en papel pluma.

BIBLIOTECA DE LÓPEZ BARBADILLO Y SUS AMIGOS. - ADMINISTRACIÓN: PASEO DE LUCHANA, 16.- TEL. J-451.- MADRID



BIBLIOTECA
DE
LÓPEZ BARBADILLO
Y
SUS AMIGOS

LA ACADEMIA DE LAS DAMAS

LLAMADA «SÁTIRA SOTÁDICA
DE LUISA SIGEA

SOBRE LOS ARCANOS DEL AMOR Y DE VENUS.

Compuesta en seis coloquios, que son:
LA ESCARAMUZA—EL AMOR COMO EN LESBOS
ANATOMÍA—EL COMBATE NUPCIAL
HISTORIAS DE LASCIVIA—FIGURAS Y MANERAS

AQUÍ VA PUESTA LA SEGUNDA PARTE

ESCRIBIÓLA EN LATÍN
EL MAESTRO NICOLÁS CHORIER
Y LA TRADUCE EN CASTELLANO
JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO

QUE LA IMPRIME A SU COSTA

LA ACADEMIA
DE LAS DAMAS

EL MAESTRO NICOLÁS CIORRER
JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO



EL CORNUDO CELOSO QUE LLEVA LA LLAVE Y LA MUJER QUE LLEVA LA CERRADURA
Estampa francesa del siglo xvii, que saliriza a Enrique IV y a su amante madama de Verneuil.
(Véanse las páginas de este volumen en que se habla del cinturón de castidad).





COLOQUIO QUINTO

HISTORIAS DE LASCIVIA

OCTAVIA, TULIA

(Continuación.)

OCTAVIA

REPIÉREME, queridísima Tulia, por qué medios te procuraste un huésped tan admirable, sumiso y fiel como Lampridio. ¿Cómo lograste tal regalo? ¿Con qué encantos, brujerías y sortilegios cegaste a tu marido? ¿Por virtud de qué tretas gustas tantos placeres y escapas, sana y salva, a los peligros que por todas partes amenazan a tus lúbricos caprichos?

TULIA

¿Cómo no he de contártelo, franca y pura putuela? Tu madre me enseñó y de tu madre

tomé ejemplo, y por tu madre conocí a mi Lampridio. Voy a asombrarte. Algunos días después de haberse casado ella, cuando con gran ceremonia se la condujo a casa de tu padre, pidió que se le diese a Giocondo por paje.

OCTAVIA

Y a los seis meses tomó mujer Giocondo, pero no abandonó por ello nuestro techo. Ahora, al hacer memoria de todo lo que he visto y oído tantas veces cuando mi madre y él estaban solos y no echaban cuenta de mí por ser tan niña, todo me lleva a darte la razón. Cierto es: mi madre se refocilaba con Giocondo.

TULIA

Habla. ¿Qué temas?

OCTAVIA

¡Cuán bien se aprovechaba de la buena opinión que de ella tenía el mundo! ¡Oh, engañadoras apariencias de virtud! Yo les veía frecuentemente hablar y mimosear cuando salía

mi padre. Giocondo la colmaba de agasajos; no era ya paje, sino que ejercía las funciones de intendente. Cierta día entró en la estancia donde ambas nos hallábamos. Mi madre bordaba un tapiz; yo, como niña que era, jugueaba con una perrilla a la que había cogido de las orejas y suspendía en el aire con infantil crueldad. Giocondo se llegó a mi madre con rostro placentero y le tendió la mano para ayudarla a alzarse de su asiento y se la llevó, entre de grado y a la fuerza, lejos de mis miradas. Pensé que se habían ido al otro extremo de la casa y me alegraba de que me dejaran a solas con mi juego, cuando de pronto oí el lecho gemir y oí la voz de mi madre, que parecía como que se quejara. Agucé el oído, llena de temor, y luego al punto volé hacia donde estaban. Mi madre lo advirtió y, antes que entrase, corrió a mí; me alzó en sus brazos y me llenó de besos. No la acompañaba Giocondo: se había desvanecido. —«¿Quién te hacía daño, mamá?—le pregunté—. Te sentí suspirar.» «Nada ha sido, tontuela—me respondió—; al entrar en esa cámara tropecé con el lecho y me dí en el tobillo.»

TULIA

¡No fué, por cierto, pequeño el tropiezo! ¿Y no llegaste a sospechar su trato?

OCTAVIA

¡Sí; mas no bastan los indicios para servir de prueba. Ella y él esquivaban mis miradas tan cuidadosamente, que jamás pude adquirir la certidumbre. Lo que advertí tan sólo fué que mi madre ponía todo su empeño en que tuviese de ella la mejor opinión y la considerase como la más honesta dama de la ciudad.

TULIA

Lo sé: mil veces me encargó que la pintase ante tus ojos como la más virtuosa y la más casta. Lo que te revelo hoy de sus misterios seguirá siendo un profundo secreto para el mundo.

OCTAVIA

¡Parricida sería si profanara la fama de mi madre, de quien he sido siempre tan tiernamente amada! ¡Vale la fama mucho más que la vida! Oye ahora el trance en que me puso

unos días antes de darme a Caviceo. Djome así: «Pronto, hija mía, te casarás; un breve plazo te separa, ¡a ti, tan casta y noble, puesto que eres virgen!, de la impureza y suciedad del matrimonio. ¡Nada tan celestial como una tierna virgen; nada más vil que una doncella desflorada!» «¿Y qué he de hacer, madre?—le pregunté.— ¡Déjame conservar intacto mi pudor el resto de mi vida! ¡Méteme monja!» «No—replicó—; el cuidado de nuestra hacienda y el amor que te tengo no consienten que te sepulte viva. Pero oye mis consejos: promete abominar de todo pensamiento impúdico y toda libertina veleidad; aparta el alma, como yo aparté la mía, de tales liviandades; prepárate con un cristiano sacrificio a pagar la inocencia que has de perder y expía tu mancha por adelantado.» «Pronta estoy a ello—respondí—; pero, ¿cuál es el sacrificio a que me exhortas?» «Quiero y te pido, Octavia—dijo, y me dió un beso al decirlo—, que te decidas a él y se consume por tu mano y la mía. Mas será menester que tengas un valor firme y a toda prueba.» «No faltará el valor»—le contesté—. Entonces me pidió que me obli-

gase por juramento a realizar cuanto me aconsejara. «Mañana—agregó—, pues que eres tan sumisa, tan piadosa y tan casta como deslumbradoramente hermosa, niña mía, después que hayas renovado en el templo ante Dios esa promesa que me has hecho, la pondremos por obra: será ello para ti glorioso y meritorio.»

TULIA

Nada me dices que no sepa: tu madre me lo refirió tal como fué, burlándose de tu credulidad, pero alabando grandemente tu entereza.

OCTAVIA

No he de contarte, entonces, lo que conoces ya.

TULIA

Antes deseo que lo hagas, si quieres darme gusto. Sempronía no me lo narró sino sumariamente y por encima, y tú pondrás en ello todo el sabor del menudo detalle.

OCTAVIA

Muy de mañana me hizo dejar el lecho y, ataviada con el suntuoso traje que para el rito pu-

rificador me había dispuesto, llevóme a ver a fray Teodoro, un hombre de esa secta cuyos afiliados, gracias al duro rostro, a la erizada barba, a los cabellos en desorden, parecen a los ojos del vulgo vivos ejemplos de santidad y unción. Cuando estuvimos en el santuario, me arengó así el fraile: «Tienes una madre, hija mía, que sólo piensa en tu dicha y tu bien. Vas a casarte dentro de tres días, y has de lavar tu alma de toda mancha para ser digna de este celeste don del sacramento y estar dispuesta a recibirlo. Habrás de tener hijos: si eres buena, ellos ganarán en el cielo los lugares de que fueron lanzados los ángeles malditos; si eres mala, ellos aumentarán el número de réprobos. ¿Qué prefieres?» Yo, llena de rubor, no desplegué los labios. «Habla, habla» —me ordenó—. «Quiero ser buena, y que ellos sean buenos también» —le respondí—. «Acércate, pues.» Prostrada a sus plantas, confesé mis pecados y aun las menores cosas que se me aparecían como sombra de vicio. Así como me oyó contar que estaba ya manchada por una tentativa libertina, del día en que Caviceo, hallándome a solas, según te referí, me había

inundado de varonil rocío, poco faltó para que no estallase en cólera; pero después de amonestarme para que me abstuviera de semejante libertad, me ordenó tener plena confianza y obedecer ciegamente a mi madre por mucho que exigiese de mi resignación. Llamóla entonces, y sacando de la manga derecha de su hábito un manojo de cuerdas, se lo entregó sin desatarlo. «No tengas compasión de la carne de tu hija—le advirtió—, ni tampoco la tengas de la tuya, pues has de darle ejemplo. ¡Si no oyes mis mandatos, Dios te castigará!» Después de esto, las dos salimos del convento.

TULIA

Esa clase de hombres abusan de nuestra debilidad; así es como nos dominan.

OCTAVIA

Mejor dirías que así es como nosotras nos burlamos de la credulidad del mundo entero, y así es como reinamos. No bien llegada con mi madre a aquella retirada estancia de mi casa que da al jardín (ya sabes la que digo), cerró las puertas y me ordenó, sonriendo, que

deshiciera el manojo de cuerdas. Hícelo así, y vi que era una especie de látigo de cinco trallas llenas de nudos muy pequeños. «Ahora te cumple—me anunció—embellecer tu cuerpo y purificar tu alma con este instrumento de piedad; pero antes quiero darte yo el ejemplo. Nos han mandado que nos azotemos sin miedo, aunque nuestra piel sangre y se desgarre. Es necesario ponerlo por obra. ¿Obedecerás?» «Obedeceré»—prometí—. «Si te falta ánimo—añadió—para infligirte por ti misma la santa penitencia, yo te ayudaré. Y ahora, cuando oigas mi cántico pausado y quejumbroso, no te asustes; piensa, por el contrario, que tengo el corazón colmado de alegría.»

TULIA

¿Tu delicado cuerpo no temblaba de espanto?

OCTAVIA

Lejos estaba de sentirme tan valiente y dispuesta a sufrir el atroz ejercicio como me empeñaba en hacer creer a mi madre y a mí misma. Con razón dicen que nadie iguala a la

mujer en soportar paciente y firmemente los más grandes suplicios como se obstine en ello. «No perdamos el tiempo—dijo mi madre, al par que me besaba—. Quitame las ropas: que el tronco de este cuerpo miserable se muestre en su asquerosa desnudez.» Alzóse la camisa por detrás hasta la cintura y, arrodillándose y empuñando las cuerdas, me ordenó: «Mírame a mí y aprende a aguantar el dolor.» Al par que esto pasaba, sonaron en la puerta unos golpes levísimos. «Sé quién es—advirtióme—. Es Teodoro, el buen ministro del Señor; me había prometido venir, si podía.» De nuevo se oyeron los discretos golpes. «Sí; es él, es él—dijo mi madre—. ¡Ábrele, Octavia!» «¡Cómo, madre mía!—le pregunté asombrada—. ¿Consentirás en que nos vea desnudas?» Replícame ella: «¿Ignoras que es un viejo y santo conocido? Lo poco que yo valga, quitada la hermosura de la carne, deleznable y mezquina, a Teodoro lo debo, que me moldeó el espíritu.» Pero, por el bien parecer ante mis ojos, dejó caer la camisa hasta cubrirle el delantero, en tanto que yo abría.

No bien entró Teodoro, que llegaba amable

y sonriente, nos felicitó a entrambas y exhortó singularmente a mi madre a darme ejemplo de un modo digno de ella y de mí, y siguió hablando con ardiente unción, y sus palabras me inflamaron de tal suerte que a punto estuve de pedirle que él mismo me azotara con sus sagradas manos. Con larga y hábil plática vino a probarnos que el recato en semejante ocasión era un pecado, porque aquel trance no era el de ofrecerse desnudas a la culpa, sino el de someterse desnudas a la penitencia; que sólo había razón de enrojecer por mostrarse sin velos a los ojos de los hombres para satisfacer el ansia de lujuria, y no la había cuando el ansia era de mortificación y de piedad. Es lo uno bochornoso y lo otro honesto; lo uno complace a los mortales; lo otro complace a Dios, y son los sacrificios de este género de gran provecho para el alma. Con ellos, tal como con un baño milagroso, se purifican las mujeres de las manchas que en sus cuerpos impúdicos dejaron los criminales goces, y tanto más lo logran cuanto más duros puedan ser sus suplicios. Nos dijo, en fin, que el secreto castigo borra las

faltas que una miserable vergüenza impide confesar y descubrir al sacerdote.

TULIA

¡Cómodas enseñanzas para las hembras que conciertan y alternan la honestidad con el libertinaje! ¡No me engañaría a mí tu sermón, Teodoro venerable!... Sigue, Octavia.

OCTAVIA

Después de estas exhortaciones, él mismo empuñó el látigo; prosternóse mi madre de rodillas y yo imité su ejemplo. Mandóla el fraile que se echara de bruces y a mí que fuera puntualmente contando los azotes. Mientras la enardecía Teodoro con los preparativos de la santa expiación, principió ella a entonar una salmodia. Y, de repente, cayó sobre sus nalgas descubiertas una lluvia de golpes. Me pareció verla temblar bajo los zurriagazos. Acrecentábase la fuerza de ellos poco a poco, y la desdichada se cubría de sangre; sus carnes, antes blancas con la blancura de la nieve, iban mostrando, en fuerza del bárbaro martirio, la atroz visión de una carnicería.

TULIA

¿No se quejaba?

OCTAVIA

Ni aun se atrevía siquiera a abrir la boca. Sólo una vez dejó escapar un ahogado gemido: «¡Ay, padre mío!»—exclamó—. Pero su queja exaltó más al fraile. «¡Hay que sufrir! ¡Hay que penar! ¡Hay que lavar la culpa!»—decíale amenazante—. Y la ordenó que doblegase todavía más el cuerpo hasta tocar con la cabeza en tierra. Obedeció ella: en tal postura, la grupa se mostraba en su sangrienta plenitud y se ofrecía toda entera al suplicio; durante un cuarto de hora, sin descanso, fué atrozmente golpeada. «Ya está tu alma suficientemente aliviada y consolada; álzate ya»—díjole al fin Teodoro—. Levantóse mi madre, dejó caer la camisa y, luego de vestirse, llegó hacia mí sonriente y, dándome un abrazo, me indicó: «A ti te toca ahora, hija mía. ¿Crees que podrás soportar el leve juego? Porque juego y no pena es esto que te aguarda.» «¡Así tenga mi cuerpo tantas fuerzas como yo tengo ánimo!»—le res-

pondí—. ¿Qué es menester que haga?» «Apres-
ta a tu hija para la obra piadosa—le dijo su
verdugo—. Espero que será tan esforzada co-
mo tú.» Mientras esto pasaba, yo me sentía
como aturdida y fuera de este mundo. Había
caído mi túnica a mis pies y mi madre me alza-
ba la camisa. Así que me sentí desnuda por
completo, una gran vergüenza me tiñó el sem-
blante. «No es menester que te arrodilles—me
advirtió el fraile—. Sigue en pie como estás y
permanece inmóvil, para llegar a las celestes
voluptuosidades con esta leve mortificación.»
«El valor no me falta»—reliqué—. Al punto
principió, con suaves golpes, a provocar mi
sensibilidad sin producirme daño. «¿Crees que
soportarás un castigo más vivo?»—me pregun-
tó—. «Sí que podrá»—contestóle mi madre—.
«Podré»—respondí yo—. Y entonces, desde los
riñones a los muslos, comenzaron a caer so-
bre mi carne los fieros latigazos. «¡Basta!, ¡bas-
ta!—clamé—. ¡Tened piedad de mí!» «¡Ánimo!—
me gritó ella—. ¡Aún falta la mitad!» «Así es—
exclamó él—; que se azote ella misma. Toma,
Octavia, las cuerdas y golpea con tu mano las
partes íntimas destinadas al liviano placer.»

Mi propia madre, guiándome la diestra, me fué mostrando cómo debía azotar y macerar aquel lugar recóndito ofrecido y expuesto al ultraje conyugal. Me apliqué un latigazo y luego otro, con todas mis fuerzas; pero después desfallecí. «No puedo, madre mía, darme yo misma un dolor tan atroz—dije temblando—; pero de ti lo soportaré todo.» Y le entregué las disciplinas y ella, volviendo a su lúgubre cántico, me fué dando unos golpes cadenciosos hasta que, no pudiendo sufrir más, huí de su alcance y desalada eché a correr por todo el aposento. «¡Cobarde!, ¡cobarde!»—me decía Teodoro—. Mi madre había arrojado el látigo en el lecho. «¡Madre mía!—la imploré—; por más que quiero, no sé contenerme. ¡Átame, impíde-me escapar! ¡Haré cuanto queráis los dos y reprimiré gritos y lamentos!» «Obedéceme, pues»—ordenó ella—. Y con una cinta de seda ató mis manos, y me mandó apoyar la cabeza en la cama. «Procura no moverte—dijo—. Si te mueves, creeré que eres la más mala e impura de todas las doncellas.» Y yo gemí: «¡No me moveré, madre; lacera mi carne pecadora!» «Ven tú, Teodoro—rogó al fraile—: honra a

mi hija con la santa merced.» Y en tanto que ella me acariciaba y me cubría de besos, él me abrumaba a latigazos. Al fin dijo: «La sangre virginal corre abundantemente. Se ha consumado la liberación.» Y dió a mi madre el látigo salpicado de sangre.

TULIA

Chorreamo sangre, sería mejor decir.

OCTAVIA

Igual da. Fué lo cierto que quedé hecha una llaga. Los dos ejecutores de la atroz penitencia me loaron por soportar tan valerosamente aquel tormento. Para concluir: luego que me colmaron de parabienes y que les prometí someterme de nuevo a la flagelación cuando perdiese mi virginidad, se fué Teodoro, y mi madre me dijo: «Retrate a tu cámara y acuéstate; así recobrarás las fuerzas agotadas por la maceración.» Condújome ella misma al lecho y allí me dió exquisitos y reparadores manjares. «Yo, para mí—me explicó—, no he menester semejantes cuidados. Estoy hecha al suplicio.» Untó de pomada de rosa mis doloridas nalgas,

que casi en carne viva se mostraban, y, con la promesa de que volvería al cabo de dos horas, me mandó que durmiera.

TULIA

¿Y no sabes adónde fué y lo que hizo mientras tú descansabas?

OCTAVIA

No, por Venus, aunque tardó mucho en venir a mis párpados el sueño; mis desolladas posaderas ardían, por más que un raro cosquilleo mitigara el dolor.

TULIA

¡Oh, si Caviceo hubiera llegado entonces, qué feliz suerte para tí! Tu madre mandó apriesa a buscar a Giocondo, a quien tenía sin el regalo de su cuerpo desde unas noches antes, y no tardó el galán en presentarse sabiendo que se le llamaba para caer en los brazos de la hermosa. Encontróla en aquel bufete negro que hay junto a la estancia donde tú dormías. También se había acostado ella. Con caricias y besos desafió para el amoroso combate a su Giocondo, y él no se hizo rogar.

OCTAVIA

¿Cómo lo sabes? ¿Quién te informó de sus culpables y recónditos goces?

TULIA

Ella misma fué a verme al día siguiente y me lo contó todo. Tres veces en una hora triunfó Giocondo en la dulcísima batalla carnal. Tu madre fué más feliz todavía: siete veces gustó las delicias supremas. Y me explicó cómo temía que su voz fuera oída por tí cuando, incapaz de contenerse, gritaba en los espasmos amorosos.

OCTAVIA

Verdad es. Parecíame, en efecto, oír no sé qué murmullos allí cerca, mas no se me ocurrió pensar a qué podrían obedecer ni quién los causarfa. Transcurridos seis meses, Giocondo desposó a una lindísima mozuela, muy desenvuelta y desvergonzadilla, de dieciseis años no más, hija natural que mi abuelo tuvo de una manceba.

TULIA

Di más bien que era una chiquilla tímida, servicial y virtuosa, en quien la mancha de su madre había apagado todo afán lascivo.

OCTAVIA

Pues yo oí mil veces a la mía reprocharle su origen. «Una mujer nacida de impuro amor, por fuerza ha de heredar las mañas de su madre»—le anunciaba—. A esta profecía despiadada respondía la muchacha con sollozos y lágrimas de muda elocuencia.

TULIA

La infortunada joven, que se llamaba Julia, había sido metida en el convento de que es priora tu amiga Teresa. Giocondo, que desde los quince años, como sabes, araba el campo de Sempronia, principió a dar a entender a su ama que merecía el pago de sus trabajos; mezclaba en ello ruegos y recriminaciones. «Tuyo soy por entero, señora—le decía—; pero, ¿qué recompensa he recibido que demuestre tu albedrío y mando sobre mi persona? ¿Cuándo te preocupaste de mi suerte? ¡Miserable y po-

bre de mí, tengo derecho para quejarme de mi rica señora! Si la muerte me la robara un día, si la perdiese (¡y antes quisiera que se abriese la tierra y me tragara!), ¿qué sería de este esclavo a quien tú dices amar locamente?» «Desecha tales pensamientos insensatos — respóndale tu madre —; aparta de tu alma esos infundados temores. Cabalmente he pensado darte en matrimonio una linda mujer y constituirte una crecida dote. Sin que mi marido lo sepa, guardo en casa seis mil monedas de oro; desde este mismo punto, una por una, tuyas son si las quieres.» «¡Crucificado me vea yo — exclamó Giocondo, oyendo tal promesa — si llego nunca a olvidar tus mercedes! Cuantas condiciones me quieras imponer, de buena gana las acato.» «¿Conoces a la moza Julia, a quien Teresa educa en su convento? — indicóle Sempronía —; esa es la que he de darte por mujer: en todo el mundo no encontrarás muchacha más recatada ni más bella.» «¡Ah, señora mía! — dijo el joven —. ¿Cómo podré pagarte tan celestial regalo?» Sin más, se cerró el trato, fijáronse las condiciones, y le fué Julia otorgada por esposa.

OCTAVIA

Hacía ya tiempo que Giocondo, que había cambiado su infantil nombre por el de Gonzalo, desempeñaba las funciones de intendente, según te dije ya. Administraba todos nuestros bienes, tanto de la ciudad como del campo; mi madre se hacía lenguas de su escrupulosa y vigilante lealtad. No me extrañó que se otorgase a Julia, como premio de sus servicios pasados y futuros, a un hombre a quien nuestra familia debía tanto. Pero ¿cuáles fueron las condiciones que, según cuentas, le impuso mi madre?

TULIA

Las seis mil monedas de oro las había de tomar al cabo de cuatro años, y entre tanto quedaron en depósito en casa de un honrado mercader; Giocondo no las cogería como faltase al pacto que con tu madre hizo secretamente. Hasta llegar el fin del plazo, únicamente cobraría las rentas. Las condiciones venían a ser éstas: primeramente, él obraría con Julia, su mujer, según la omnímoda voluntad de Sempronía; de ningún modo habría de usar

sus derechos maritales si ésta se lo prohibía; lo que ella le ordenase lo ejecutaría al punto y sin protesta ni murmuración; cuidaría de la hacienda de su amo y de su ama con el más vivo celo; y, en fin, habitaría en la misma casa, en una vasta dependencia que se le daba por hogar.

OCTAVIA

¿De manera que Julia era esposa y no era esposa, y Giocondo marido y no marido?

TULIA

Así fué la verdad. Hechas las bodas, la primera noche que durmieron juntos no permitió Sempronía que Giocondo usase más de dos veces con Julia el derecho conyugal, y, para no verse engañada, le forzó a ello mediante juramento. Antes, a fuerza de tiernas palabras, de halagos, de magníficas promesas, le inflamó de tal modo que quebró con ella tres lanzas el mancebo sin respirar siquiera, y sólo entonces consintió en mandarle, agotado y exánime, a yacer con su Julia; y así acaeció que aquella madrugada apenas si la pudo desflorar. Al otro día tu madre preguntó curiosa-

mente a la recién casada cómo habían pasado las cosas, y si en realidad de verdad era ya esposa o había salido virgen del combate. Enrojeció la joven; bajó los ojos llena de corteidad y balbució al fin que Giocondo había corrido dos millas en su estadio. A la otra noche toleró Sempronia que fuera poseída otras dos veces; y luego, en cuanto amaneció, le fué ceñido a la muchacha un cinturón de castidad. Una estrecha rejilla que lleva el cinturón defiende, oprime y cierra la puerta venusina. Hasta pasada una semana no se le permitió a Julia de nuevo darse a su marido. Desde entonces a hoy, apenas si se ha holgado con su esposo algunas veces y si ha podido conocer que está casada.

OCTAVIA

A cuento de este cinturón de castidad he oído estos días no sé qué diálogos entre Julia y mi madre. Pero no veo la razón de ser de una cosa que impide a las mujeres ser mujeres.

TULIA

Ya te lo explicarás. Aquel día que te digo,

así que Julia se hubo levantado, acercóse a ella Giocondo y, estando los dos solos en su aposento, le enseñó el cinturón. «¿Qué es eso — preguntóle su mujer, sorprendida y curiosa — que brilla como de oro?» «Esto te lo habrás de poner — le respondió el marido — para triunfar del instinto vicioso que te legó tu madre; se llama un cinturón de castidad; mi señora Sempronía lo llevó antes que tú durante varios años; tú lo llevarás ahora; con esto ha logrado ella su buena fama, y espero que la que tú logres no cederá a la suya.» La rejilla de oro que lleva el aparato cuelga de cuatro cadenillas de acero recubiertas de blando terciopelo y unidas con el mismo arte a un ceñidor, también de hilo de acero. Dos de estas cadenillas por arriba y otras dos por abajo sostienen la rejilla por delante y por detrás. En la parte trasera y sobre los riñones, hay un candado que se cierra y se abre por medio de una llave, linda y pulimentada lo mismo que una joya. La rejilla, de seis pulgadas de alto y tres de ancho aproximadamente, va desde el perineo a la parte superior de los labios externos y cubre todo el espacio que media entre el monte de

Venus y las ingles. Como está formada de tres filas de mallas separadas, permite el paso de la orina, pero no dejaría penetrar ni la punta de un dedo tan siquiera. Así, con esta a modo de coraza se protege contra las forasteras méntulas aquel dominio del cual sólo el señor por ley del himeneo puede encontrar franca la entrada cuando quiere.

OCTAVIA

¿Qué pensaría de ésto la recién casada?

TULIA

Lo que pensarás tú dentro de pocos días, porque también para ti están construyendo una coraza de tal género.

OCTAVIA

No imaginaba yo que eso tramase Caviceo cuando me dijo que el cinturón de castidad era la mejor protección de la virtud de las hembras honradas y me consultó si querría ponerme uno y me mandó que pidiese a mi madre su consejo.

TULIA

«¿Qué es menester que haga?»—preguntó

Julia a punto que su esposo alzaba las cubiertas de la cama. «Mete una pierna—le dijo él—entre estas dos cadenas, y la otra entre éstas.» Hecho así, suspendióla el cinturón hasta las ingles, ajustó la rejilla a su jardín, dió con el ceñidor la vuelta a la cintura y echó la llave en el candado. «Ahora está ya segura tu castidad—le dijo—; todo va a maravilla.» Pidióla que se levantase, desnuda como estaba, y anduviera; alzóse ella según se le ordenaba, echó pie a tierra y dió unos pasos embarazadamente, porque el grandor del aparato la obligaba a separar las piernas al marchar. «Ya te acostumbrarás a llevarlo—le dijo su marido—; no es de extrañar que ahora te estorbe, pues no estás hecha a ello.» Mandóla entonces que se echase de bruces en el suelo y se deleitó en contemplar su dorso y sus caderas, que la naturaleza había formado proporcionada y admirablemente como con un compás; ensayó luego si por la acerada rejilla cabría un dedo u otra cosa que tal, y, viendo que ello no sería posible, fué a buscar a Sempronía. «Ahora, señora y dueña mía—le dijo—, tengo dos llaves que ofrecerte: la mía de carne y esta otra

de oro.» «Las acepto de buena voluntad»—le respondió Sempronía. Y se entregaron ambos al deleite amoroso. Acabado el placer, dijo Sempronía a su fiel servidor: «Quédate con la llave de carne que tan estrechamente viene a mi cerradura, y dame la otra.» «Aquí la tienes; tómala»—le respondió Giocondo—. «Ahora—añadió Sempronía—oye mi voluntad: quiero que nada hagas con Julia sino para la ineludible tarea de tener hijos, y que tan sólo conmigo te goces; quiero que para ella seas marido y para mí cálido enamorado. De quince en quince días te entregaré la llave y no la usarás más que una o dos veces; no he de consentir que tu esposa sepa lo que puedes obrar en esta esgrima, ni aprecie cuáles son la solidez de tus riñones y el vigor de tus músculos; quiero que se persuada de que todos los hombres ejercen de igual modo su oficio marital. Encargaré a Teresa, mi amiga, de que la hable y mitigue o apague sus ardores con púdicos consejos. Si, como hiciste hasta hoy, sigues amándome y sirviéndome, tendrás en mí una dueña que mire por tu bien más de cuanto puedas desearse; si no, seré tu mortal enemiga: ya sabes

que las hembras adoran o aborrecen; que para ellas no hay término medio.» «Me someto a tu ley—le prometió Giocondo—; ¿qué hombre será más dichoso que yo, colmado de delicias por la más bella y más noble señora, mientras mi esposa me pare los hijos? A ti te sacrifico mi mujer; a tu poder y discreción la pongo y la someto; si lo mandas, no dormiré con ella por miedo de que mi contacto, siendo Julia, como es, ardiente y viva, en plena fortaleza juvenil, la inflame de deseos.» «¡Lejos de mí la idea de hacer tal ultraje a tu lecho conyugal! — exclamó Sempronía—. Duerme siempre con ella. Cuando la veas consumirse de ardor, Teresa extinguirá la lujuriosa llama, y tu mujer servirá solamente para encenderte en afán de gozarme lo mismo que ahora has hecho.» Así es como tu madre privó a la esposa del esposo y así tuvo a Giocondo siempre para ella sola, aunque le atara a Julia el vínculo matrimonial.

OCTAVIA

Y, lo mismo que a Julia, te vedaría a ti que gozaras del vigoroso joven que, cuando niño,

te mostró los caminos del placer. ¿O es que quizás partió a veces contigo los besos de Giocondo?

TULIA

¡Loca eres si tal piensas! La pasión de Sempronio no era capaz de dividir con nadie sus adúlteros goces. Para que no le echase en cara el disfrute exclusivo del mancebo que nos había iniciado en la sensualidad, me buscó y me brindó los brazos de Lampridio, capaces de sustituir a los del joven. Había sido Lampridio anacoreta y algún tiempo vivió huyendo el trato de los hombres; mas un día, harto de retiro y mortificación, dejó la vida ascética y volvió a su patria y hogar. Posee Lampridio una inmensa fortuna; pero entre sus conciudadanos tiene pésima fama por el hecho de haberse vuelto atrás de su primera vocación. Así, aunque fuese un hombre honrado, noble, rico y apuesto, en vano pretendió matrimoniar primero con Lucidia y más tarde con Livia, dos próceres doncellas. Dolido del desdén, que le traspasó el corazón, renunció a toda idea y esperanza de otras nupcias. Tu padre, que en

tal época volvía a tu casa de cumplir un destierro, le dió hospitalidad a título de amigo y de pariente. Yo, que tan de continuo entraba en ella, tuve muchas veces ocasión de hablarle. De día en día fué Lampridio acostumbrándose a enaltecer mis dotes de ingenio y de hermosura; decía que Calias era un hombre feliz en tenerme por esposa y que, en cuanto a él, si los propicios hados le deparasen una amante como yo, no tendría que envidiar la gloria de los dioses. Sempronia me exhortaba a que diese alas a su naciente amor. «Si logras —me decía— prender de ti a Lampridio, nada ni nadie te lo quitarán; sólo podrá robártelo la muerte. Conoces su constancia y su tenacidad; como odia a sus parientes y allegados, de fijo la porción más grande de su hacienda vendrá a parar a ti.» Aparte tales consideraciones que tu madre me hacía, no ignorarás que la mujer que sabe que la adoran, difícilmente no ama a quien la ama. Amé, pues, a Lampridio, y corrido algún tiempo, estipulamos, con la ayuda de Sempronia, siempre despierta y hábil, las condiciones de su señorio sobre mí: Lampridio haría, por instrumen-

to público, donación a Calias de una porción de su fortuna, y, si moría sin testamento, Calias le heredaría; yo en cambio me daría a él enteramente. Pasados pocos días, con general contento, hizo Lampridio por escrito el regalo a mi esposo. Aquella tarde, después de convenido que Lampridio dejaría vuestro hogar para habitar el nuestro, en el que le brindó hospitalidad la confiada gratitud de Calias, fué a ver a tu madre, ataviada de un modo que realizaba mis atractivos físicos. Presentóse Lampridio y echándose a mis plantas exclamó: «¡Diosa mía, yo te adoro! ¡Yo te juro que siempre serás mi única diosa! ¡Consiente que un mortal goce de tu hermosura divina y soberana! Cumplida está ya mi promesa, y has de cumplir la tuya.» «La cumpliré—dijo Sempronía—. Gozaos de vuestra dicha: sobradamente os bastais el uno al otro para el logro de la común ventura, como sepais aprovechar la vía que os señala el Destino. ¡Empezad, pues!» Y en diciendo esto, salió y cerró la puerta.

OCTAVIA

¿Qué hizo Lampridio?

d

TULLIA

Levantóse al instante, me dió un beso, me acarició los senos y, a pesar de la débil resistencia que yo ponía por el placer de verme al fin vencida, echóme sobre el lecho. «¡Déjame, déjame!—le rogaba yo—. ¡Vete, vete! ¡Me pierdes, me avergüenzas! Después de esto ¿cómo podré ya alzar mi frente para mirar al cielo?» Él me cerró la boca con sus besos... Nunca la dulcísima Venus había regado mi jardín con más copioso y ardiente rocío. Todavía siento que me muero de placer, querida Octavia, cuando recuerdo aquel instante en que mis goces sobrepusieron a cuantos antes hallara en la vida. Lampridio no cayó, como yo caí, sin sentido en la feliz congoja, sino que, fuerte y firme, no desmayaba por tan poca cosa.

OCTAVIA

Cierto es que, como dices, te dió la suerte un Hércules; ningún otro mortal se asemeja a Lampridio.

TULLIA

Al punto comenzó un segundo ataque. Sin duda, me decía yo ingénuamente, este hombre

va de un asalto a otro asalto sin el más leve esfuerzo. Una vez sola, como ya te he dicho, había corrido Calias en mi estadio dos millas de un tirón, y Lampridio llevaba tres corridas, proeza que, a lo que pienso, pocos hombres rematan, aun entre los más caros a Venus. Yo me abrasaba de pasión. Dióme él un beso y me dijo, radiante: «¡Al fin veo que me amas, soberana mía! ¡Sigue, sigue!» «¿Qué quieres que haga?—le repuse—. Estoy loca.» Mis ojos extraviados se cerraron, languideció mi alma y me sentí morir. Ambos desfallecimos.

OCTAVIA

Tu relato haría a la misma Vesta más lasciva que las tortolillas consagradas a Venus.

TULIA

Al separar su cuerpo de mi cuerpo, estrechéme Lampridio en un abrazo vigoroso y prometiéndome para bien pronto una nueva batalla. «¡Miserable sería—díjome amante,—si, hallando en ti tan valiente rival, me mostrase cobarde gladiador!» Pero, a pesar de su alabanza para mi fortaleza, cuando me quise incorporar, advertí que me caía de lasitud y extenuación. Ne-

cesité su ayuda para ponerme en pie y, por grandes que fueron mis esfuerzos, caí de nuevo rendida al borde de la cama. «¡Ay!—exclamé—, con tus locuras me has dejado sin fuerza. ¿Qué hacer? No tengo alientos para tornar a casa.» «Descansa un poco, reina mía—me aconsejó—, y descabeza un sueñecillo. Yo, en cambio, estoy aguerrido y gozoso. ¿Cómo no estarlo, tras satisfacer mi pasión en tu hermosura, más encantadora y celeste que la de Venus misma? ¡Me voy; reposa!» Así que me acababa de hablar, llegó Sempronia riendo y canturreando no sé qué coplas libertinas. «¿Cómo habeis sellado el contrato? — preguntó —. ¿Cómo os habeis inundado uno al otro de ventura? ¿Cómo fué la cosa?» «Yo me siento morir» — le respondí, enjugando algunas lágrimas que a mi pesar brotaban de mis ojos. «¿Lloras, señora? — demandóme Lampridio, arrebatado de pasión —. Tu esclavo soy: véngate como quieras del atrevido que te fatigó y te rindió.» «Basta, basta, Lampridio—interrumpió Sempronia—. ¿La encontraste hechicera? ¿Te hartaste de gozar?» «Jamás hombre ninguno — repuso él— fué más feliz que yo;

todas las voluptuosidades que en mi vida soñé, y aun las que apenas pude imaginar, las he encontrado en ella.» «¿Y tú? Habla, cuéntame,—me instó entonces tu madre.—¿Gozaste a tu albedrío? ¿Te satisfizo y te plugo tu hombre?» «Ciertamente que sí—repuse—, hasta el extremo de que nada habré ya de desear ni mejor ni más dulce. Pero estoy destrozada, hecha pedazos. No me puedo mover.» «¡Oh, tremenda desgracia!—dijo Sempronía, riendo—. Pero ya es hora de que salgas, Lampridio.» «No me iré—respondió él—como Tulia no quiera perdonarme; como no jure en tu presencia que siempre me amaré.» «Te perdono—le dije—y te amo locamente; te amo, aunque has hecho caer en el oprobio mi decoro.»

Después de haberme dado un beso, alejóse Lampridio; Sempronía fué tras él. «Oye un instante—exclamó, deteniéndole—. De lo que hablemos no sabrá nada Tulia. Cuéntame francamente: ¿hallaste en ella el goce que esperabas?» «Mucho más grande fué—respondió él—de cuanto había pensado. Divina es la belleza de Tulia, divina su conversación, divina es toda entera esa mujer. ¿Cómo te podré

agradecer este regalo que me transporta al cielo? ¡Lo que te pido ahora, lo que te imploro con toda mi alma es que logres que antes que muera el día consienta en que me harte de sus quemantes besos!» «¿Qué hablas de hartarte?—preguntóle Sempronia—. Menester es que ni tú ni ella sintais nunca la hartura.» «Me expliqué neciamente—respondió él—; mas ya comprenderás lo que quise decir.» «La guardaré para ti en esa estancia hasta el sol puesto—díjole Sempronia—, pues su marido ha de venir a cenar esta noche con nosotros. Tiempo vendrá, después que mudes a su casa tu bagaje, en que te puedas ver más libre y descuidadamente con tu amada.» «¡Un siglo se me harán las horas!» dijo Lampridio, y partió. Vuelta a mi lado, refirióme Sempronia su coloquio, y en confianza me preguntó a mi vez lo que sentía del lance; se lo referí todo y nuevamente me quejé de la fatiga. «Al punto voy—me dijo—a reparar tus fuerzas agotadas por el dulce trabajo; una buena merienda y un poco de reposo te las devolverán.»

No bien había logrado algún descanso, cuando oí sonar la puerta, y héte a tu madre que

me llevaba el refrigerio prometido, aderezado deliciosamente. «Levántate—me dijo—. Estas cosillas te pondrán buena. Vamos.» Comí y bebí con voraz apetito, y sentí que mis fuerzas renacían. Me eché abajo del lecho y, abrazando a la buena Sempronía, felicítame de mi suerte. Habrían corrido dos horas de aquello cuando volvió Lampridio, y nos rindió al llegar el más cortés saludo, como si hiciera un siglo que no nos había visto. Algunos criados estaban presentes; así que se salieron de la estancia, deshízose mi amante en fogosos elogios y en acciones de gracias a mi persona hasta que Sempronía le cortó la palabra. «Hay que pensar—dijo tu madre— en la manera de que vivais felices y seguros. Cuidad de mantener la venda en los ojos de Calias, porque sería terrible su castigo si husmease vuestros tratos.» «Nada habrá que temer—aseguró Lampridio— para mi reina ni para su esclavo, aunque sea Calias el más despierto de los hombres, si Tulia sigue mis consejos.» «Dispuesta estoy—prometí— a gobernarne según tu voluntad; desde hoy es tuya mi alma.» «Conozco bien el carácter de Calias—observó él—: no es ni

buen ni mal hombre; será lo uno o lo otro, según ambos obremos. Te prometo que antes de pocos días he de tenerle por el más grande y claro y franco amigo mío: leeré sus más secretos pensamientos. Confía en mi astucia, Tulia. Lo que te toca a ti lograr es que no advierta ni en tu mirada ni en tu voz ni en tu ademán nada que indique y que denuncie nuestra mutua pasión; del papel que hagas tú en esta comedia dependerán nuestra felicidad y nuestra vida.» «Nada temas de mí»—le contesté—. «¿Serás siempre obediente y sumisa a mis deseos?»—me preguntó Lampridio—. «Harás siempre cuanto te pida? Voy a verlo ahora mismo: dame un beso.» «Aquí lo tienes: tómallo»—le dije yo brindándoselo—. «No has de dármele así, sino en la boca, y dulce, y largo, inflamado de amor»—me rogó él, insaciable—. «Pues toma este otro»—repliqué, besándolo con toda mi alma—. «Ahora te mando que me estrujes en tus brazos»—continuó—. «Ven a ellos—dije, abriéndolos—. Ya ves como te sirvo.» «Y ahora te exijo el deleite supremo»—exclamó al fin, radiante de pasión—. A esto no respondí. «¿Callas—me reprochó—, señora y

reina mía? ¿Me niegas esta dicha?» «¡Usa de tu derecho, necio! — le interrumpió Sempronía—. ¿Quieres que con sus mismas manos te ponga ella a caballo? Yo me estaré a la puerta para que los criados, que saben que has venido, no se malicien nada ni puedan murmurar viéndome a mí andar por la casa y dejaros a solas.» Mientras Sempronía montaba la guardia, Lampridio hacía de nuevo de las suyas y laboraba en provocar mi frenesí con tan dulces requiebros y tan experto y tan vivo compás, que bien pronto sentí manar en mis entrañas la fuente venusina... «¡Pronto, pronto! — avisónos de repente tu madre —. ¡Creo que viene Calias!» Llena de pavor, dí tal bote, que hice descabalar a mi jinete. Un instante después asomaba Sempronía discretamente la cabeza y nos decía sonriendo: «Me equivoqué. ¡No os asustéis: seguid, seguid, que nadie llega!» Más rápido que el rayo, volvió Lampridio a la tarea. «¡Me estás asesinando! — le dije —. ¡Guarda un poco! ¡Se me va el alma! ¡Vas a hacerme gritar!» Como si no fueran con él mis ruegos, impetuoso y magnífico, lanzado a rienda suelta, continuaba excitando en mí nuevos

ardores, y si Sempronio, acercándose al lecho, no abreviase el combate, su inagotable lubricidad no estaría aún harta. Sempronio me compuso los vestidos, desordenados en la ardiente lucha, me alisó los cabellos despeinados y me dejó de modo que nada en mi persona denotara el delito adorable. «Has de sentirte orgulloso, Lampridio—le dijo—, porque hallaste un corcel digno de tus arrestos de jinete.» «¡jinete, no, sino esclavo de Tulia! ¡La que me colmó de placer no es un corcel, sino una diosa!»—respondióla él, gozoso—. De esta manera, nuestras primeras amorosas bodas se celebraron en la casa de tu madre, ante sus ojos. A ella le debo mi Lampridio, que será también tuyo; es joven, generoso, cortés, apuesto y decidido. Hércules, en tal clase de combates, no le aventajaría en la fuerza muscular; Eneas cedería ante él en la amplitud del duro pecho y en la soberbia anchura de las firmes espaldas.

OCTAVIA

¡Prosigue, Tulia, tus maravillosas historias de lascivia! Tus relatos me encienden y me en-

cantan. Cuéntame al menos los principales episodios: dime qué hizo contigo durante los primeros días.

TULIA

¿Es que te burlas, pícara? ¡Con él, con mi Lampridio, soberano y potente, no hay diferencia entre los primeros días y el último: siempre es lo mismo de ardoroso y resistente; siempre me ama con igual frenesí! Aquel primer glorioso día, cenamos ambos con tus padres, en tu casa; Calias, también. No viene al caso lo que se habló en la mesa. Vueltos a nuestro hogar, Calias se hacía lenguas del buen Lampridio: me le mostraba como el más urbano y cortés de los amigos y se sentía vivamente arrastrado por un afecto fraternal hacia aquel joven tan honrado, tan afable, tan comedido, tan lleno de ingenio. La comida había sido copiosa y suculenta, y ya sabes que a Baco le sigue siempre Venus: cuando mi marido me vió desnudarme, cuando los dos rosados globos de mis senos surgieron libres de la cárcel del corpiño, aunque la noche iba ya bien corrida y convidaba al sueño, cogíome

Calias de la mano y me condujo al voluptuoso camarín que hay junto a nuestra alcoba. «Este lugar será esta noche—dijo—el santuario de nuestro tierno amor.» Después de holgarse a sus anchas conmigo, «Quiero—tornó a decirme—que hablemos un poquillo del porvenir, esposa mía.» «Tu voluntad es mi ley—le repuse—; lo que mandes haré. Para mí será un crimen y un oprobio tener más sentimientos ni ideas ni afanes que los tuyos durante todo el curso de mi vida. ¿Qué deseas, dueño mío, que haga tu esclava?» «Cierto es—me expuso—que te tengo por la más buena y honrada mujer, por más que digan ordinariamente que las hembras letradas no lo son; mas, sin embargo, temo por tu virtud, si tú y yo no ponemos los medios de guardarla.» «¿Qué hice, qué involuntaria falta cometí para que te venga a las mientes tal sospecha, corazón mío?—le pregunté—. ¿Qué opinión te merezco? ¡De todos modos, manda; pronta estoy a someterme a tu resolución!» «He pensado—me dijo—ponerte un cinturón de castidad. Si eres virtuosa, nada podrá importarte; si no lo fueras, comprenderás que es justo que obre así.»

«Cuanto tú quieras me pondré—repuse humildemente—; sea lo que fuere, gozosamente lo habré de llevar. Tan sólo existo para ti; sólo para ti soy mujer; nada me importaría vivir aislada del mundo entero, que desprecio y detesto. Hoy, por ejemplo, hemos estado con Lampridio, y ante ti hablé con él como hablaron los otros; si tú lo ordenas, no le miraré más.» «Antes por el contrario—dijo Calias—mi deseo es que le trates familiarmente, dentro del recato, de manera que ni él ni yo hallemos motivo de quejarnos: él, porque te mostrases severa y desabrida; yo, porque le pusieras demasiado buen gesto. El cinturón de castidad consentirá que vivas en la libertad plena de una honrada amistad y me dejará a mí tranquilo respecto de Lampridio.» Dicho esto, rodeóme las caderas con un cordón de seda para saber la anchura que debería tener el cinturón, y me midió también la distancia de los riñones a las ingles. Cuando hubo concluído, me anunció tiernamente: «Ahora me toca demostrarte cuánto te amo: las cadenillas de tu cinturón, aunque las haya de cubrir el terciopelo, serán de oro; el candado será de

oro también, y la rejilla, asimismo de oro, irá cuajada de piedras preciosas. El más famoso orfebre de toda la ciudad se aplicará a construir esta obra maestra de su arte, de tal manera que aunque parezca que al imponerte el cinturón te hago una ofensa, lo que te haré será un honor.» Preguntéle yo entonces cuánto se tardaría en construir el raro mecanismo. «Dentro de quince días lo tendrás—me respondió—. Entre tanto, te ruego que huyas de la demasiada charla con Lampridio; luego podrás recrearte en su agradable y honrada amistad.» Acabado el coloquio, nos acostamos en el mismo camarín, y por tres veces fuimos felices en aquella noche.

OCTAVIA

Muy cara eres a Venus, cuando en tan poco tiempo la diosa te favoreció con tantos goces. Y ¿pudiste aguantar tan continuados combates amorosos?

TULIA

Cierto que sí. Tu madre me fué a ver al día siguiente y por mediación de ella comuniqué a

Lampridio la ocurrencia. Ni en aquel día ni en los que le siguieron tuve con él íntimo trato, sino que me supe mostrar recatada y modosa en su presencia... Pero... ¿qué extraño fuego anima tu semblante, Octavía mía? Ahora veo en él no sé qué raro y nuevo parecido con el rostro de un noble y joven caballero francés que en Roma, el año último, me rindió el homenaje de su lanzón viril con el consentimiento de Lampridio. Tres compañeros que le ayudaron en el combate lúbrico fueron que ceder, por más que fueran muy robustos mancebos, ante la primacía potente de aquel mozo tan parecido a ti, que se llevó la palma en la encendida lucha de cuatro contra una.

OCTAVIA

¿Qué monstruosidad dices? Tú, tan delicada, tan tierna, tan dulce, ¿cómo pudiste soportar sobre tu cuerpo a cuatro hombres? ¿Cómo no se te abrieron las entrañas?

TULIA

Más tarde lo sabrás. ¿No quieres ahora que termine el relato comenzado?

OCTAVIA

Con toda el alma te lo pido.

TULIA

Transcurridos dos días después que ya Lampridio había venido a vivir bajo nuestro mismo techo aceptando la hospitalidad que Calias le brindara como amigo y en que yo me gozara tanto como amante, tuvo que ir mi marido a las tierras que tenemos junto a Ancona. Ya tú conoces los encantos y la magnificencia de aquel campo. Como anunciara Calias el viaje hallándonos comiendo, manifestó Lampridio que le acompañaría de buena gana, si ello no le enojaba, porque para él no había delicia comparable a la de respirar el aire puro de la vida agreste. Fuéronse, pues, y allí pasaron ambos una semana, y tanto se hizo Calias a la compañía de Lampridio, que bien pronto le tuvo por partícipe de todos los más hondos impulsos de su alma y de sus pensamientos más guardados. Ponderábale cierta vez Calias mi ingenio, mis modales, mis letras, y se vanagloriaba de que la condición en que singularmente sobrepujaba a todas las

mujeres era la honestidad. «Bien está eso—le objetó Lampridio—: así parece y así ciertamente será; pero, de todos modos, aunque tu mujer no quisiera vivir honradamente (¡lo que me libre Dios de creer!), ¿es qué no hay medios de impedir que una hembra esté a cubierto de cualquier tentación? Sin duda, en estas cosas del recato, bueno es saber que puede un hombre fiar en su mujer; pero aún es más de fiar un buen candado puesto en un cinturón de castidad. Una mujer puede, en mal hora, engañar al marido; los criados se dejan seducir; una cerradura no engaña, ni nadie la corrompe.» «De esa opinión soy yo—le dijo entonces Calias—, y Esteban el orfebre está haciendo la máquina que servirá de parapeto a la fortaleza de mi amada Tulia.» «Como cuerdo obras—le respondió Lampridio— encomendándole al orfebre tu descanso. A decirte verdad, mi más firme deseo es vivir siempre ligado a vosotros por una amistad leal; pero nadie está libre del aguijón de una mala sospecha y tiemblo de pensar que, conviviendo con tu esposa honestísima, llegase a hacer nacer en ti una desconfianza que para mí sería más cruel aún que la

muerte. Luego que fengas su virtud bajo llave, nada habrá que temer ni que sentir. Y ahora, consiénteme que te abandone por un día y vuelva a la ciudad: tiene el notario que entregarme unas cartas de Venecia, en que me van unos negocios de gran monta; cuidando de mi hacienda, cuido de la vuestra también.» Retornó, pues, Lampridio a la ciudad, con una carta para mí y otra para Esteban, en la que mi marido le rogaba que rematase apriesa el cinturón. «Para que veas hasta qué punto—advirtió Calias al ladino emisario—estoy seguro de poder fiar en ti como en mí mismo, has de ser tú el único hombre conocedor de este secreto.» A su llegada a casa, me halló Lampridio rodeada de amigas, entre las cuales resplandecía Sempronia por su hermosura y su elegancia. Saludólas rendidamente a todas y a mí me dió la carta con las felices nuevas de mi esposo. Cuando se fueron mis visitantes, excepto tu madre, Lampridio, que había visto ya al orfebre, se apresuró a explicarme: «Todo va bien, señora mía: dentro de poco estará acabado de hacer el cinturón; la puerta de oro, cuajada de piedras preciosas

con tal riqueza que tu pudor podrá enorgullecerse de estar así escudado, deslumbrará con soberbios destellos en la gloriosa entrada del jardín.» Después nos hizo a Sempronia y a mí la descripción pintoresca y puntual del costoso aparato. «Pero—añadió—el artífice que lo está construyendo no se ha cuidado de guardar a su vez la llave bajo llave, y mientras yo andaba por el taller chanceando y distrayéndole, logré sacar un molde sobre este trozo de cera. En adelante, a salvo de temores y recelos, seremos ya felices en la dulce y tranquila posesión uno del otro.» «Demos tregua—dijo entonces Sempronia—a los amorosos discursos de Lampridio: la cena nos aguarda. Esta noche me acostaré contigo, querida Tulia, porque mi marido está ausente.» «¿Qué va a ser entonces de mí?—gimió Lampridio—. ¿No compartiré, pues, el lecho de mi amada?» «Nada temas—le respondió Sempronia—. ¡Venus me libre de estorbar vuestros afanes! Todo irá a maravilla.»

OCTAVIA

¿Y se acostó mi madre entre Lampridio y

tú? ¿Quizás os cabalgó a las dos el hércules?

TULIA

No, por cierto. Después que alzados los manteles, ya bien tarde, vimos llegada la hora de descansar, retiróse a su cámara Lampridio. Sempronía tenía puesto su cinturón de castidad, del que tu padre se llevó la llave al marchar a Verona, donde sostenía un pleito y a donde fué con él Giocondo a servirle de testigo. Pasado un breve rato, como ya habíamos tratado de antemano, llegó Lampridio a nuestro dormitorio y se deslizó cautelosamente en el lecho por la parte en que yo me encontraba. «¿Quién eres? ¿Eres tú, Lampridio?»—susurré—. «¡Tu esclavo soy, señora!—me respondió besándome—. ¡Por fin voy a gozar entera y plenamente de tu divina desnudez y tu excelsa hermosura!» Para decirte de una vez cuáles serían mis goces en aquella vigilia inolvidable, bástete con saber que mi magnífico héroe hizo una correría de doce millas sin fatigarse y casi de un tirón.

OCTAVIA

¡Oh, Venus! ¿Qué oigo? ¡Apenas si mi Ca-

vico en toda una noche puede dar tres carreras!

TULLIA

Una vez o dos, Calias, en señaladísimos frances amorosos, llevando su vigor a excepcional extremo, había llegado hasta las siete millas; Giocondo no pasó de ocho o nueve con Sempronía en sus más altos y famosos combates. Pero no has de pasmarte de lo que obró Lampridio: en sus rifiones hay una inagotable resistencia. Tú misma lo confesarás cuando le goces.

OCTAVIA

¿Y mi madre dormía? ¿Se pudo contener? ¿No participó en modo alguno de vuestros arrebatos?

TULLIA

Nada tenía que envidiarme tu madre. La noche precedente su marido la había llevado tres veces al cielo, y otras tres veces, aquel mismo día, antes de marchar a Verona, le había Giocondo regado el jardín.

OCTAVIA

Y mientras tú y mi madre os saciábais a

cada hora de los dones de amor, y mientras que Giocondo así regaba el jardín de mi madre, ¿qué era de la infortunada Julia, su mujer?

TULIA

Te lo diré cuando tú me hayas dicho qué fue de ti y de tu promesa de volver ante Teodoro tras la noche de tu desfloración, para purgar la pérdida de la virginidad. ¡Tíemblo al pensar lo que padecerías bajo los latigazos del sanguinario fraile!

OCTAVIA

¡Ja, ja, ja!

TULIA

¿Ríes? ¿Es que acaso no se ejecutó nuevamente el piadoso sacrificio? ¿Es que se llevó el viento tu promesa?

OCTAVIA

El viento no se la llevó; pero el tormento se me cambió en un acicate de indescriptible voluptuosidad, que no me pesa.

TULIA

Te creo. De igual manera que la voluptuosi-

dad a veces linda con el dolor, así el dolor a veces linda con la voluptuosidad.

OCTAVIA

Tres días después del de mis nupcias, me recordó mi madre el juramento que había prestado ante el santo varón y me instó a celebrar los funerales de mi doncellez. Por la mañana fuimos al monasterio y nos mandó Teodoro que volviésemos al caer la tarde, cerca de la puesta del sol. Llegamos puntualmente y nos condujo a una capilla reservada. Cerró la puerta, echó el cerrojo, y me habló así: «No has de temer aquí, hija mía, ninguna mirada importuna; soy el prior del convento; nadie vendrá a turbar el cristiano ejercicio.» Luego emprendió una larga plática encaminada a reavivar mi fortaleza. Con la cabeza dócilmente inclinada y los ojos clavados en el suelo, atendía yo a su arenga, y tal afán encendía en mí de soportar los más crueles tormentos, que si me hubiese ordenado morir, alegremente subiera al cadalso: ¡piensa si sería hábil para fascinar mi razón! Así como juzgó que estaba pronta a hacer su voluntad,

añadió: «Tu misma madre va a darte ejemplo en esta austera prueba de virtud.» «No es menester—le repliqué—. ¡Yo fui quien por mi gusto inmolé mi pudor: contra mí sola habrá de descargarse tu ira, Teodoro venerable!» «De ningún modo consentiré—dijo entonces mi madre— en que tú únicamente soportes el castigo; yo fui cómplice de tu perdición.»

TULIA

¡Noble pugilato, en verdad!

OCTAVIA

«Ahora se verá—exclamó el fraile—cuál de ambas tiene más firme valor. Disparte a ello, Sempronia.» «Asísteme, hija mía—ordenóme mi madre—: me mata la impaciencia de cumplir el piadoso deber.» La despojé de sus vestidos y, con la camisa alzada y arrollada a la cintura, arrodillóse ante el altar de modo que mostraba sus magníficas nalgas de extremada blancura, redondas, prominentes, hechas para el culto de Venus, y sus muslos suavísimos y recios. La naturaleza no modeló nunca otra obra más perfecta ni hermosa.

TULIA

Nada me dices del más lindo sitio: del nido del amor.

OCTAVIA

Como yo estaba a espaldas de ella, no lo podía admirar. Tomó Teodoro en la diestra el azote y, murmurando no sé qué palabras litúrgicas a manera de canto funeral, descargó en los riñones, las nalgas y los muslos una lluvia de golpes. «Encórvate más—le decía—, para que también caiga la penitencia sobre las partes que la ley conyugal te fuerza a consentir que sean manchadas.» Y en tal lugar fué tan seguido e implacable el castigo, que mi madre gimió desesperadamente: «¡Aguarda! ¡Espera! Me azotas con tal fuerza que no puedo aguantarlo.» Y él ordenó, impertérrito: «¡Túmbate boca arriba!» Obedeció ella y mostró el terso vientre, el regazo suave, toda la parte delantera del cuerpo... Yo me pasmaba en la contemplación de su hermosura, y el bienaventurado flagelante la miraba de reojo mientras el látigo caía y caía y caía sobre el asiento y trono del delirio carnal. Deshacíase mi madre

en lágrimas y ayes, pero se estaba inmóvil. Al cabo, tras la tempestad vino la calma: acabaron los golpes. Besó la penitente el suelo y, habiéndose vestido, me dijo: «Ahora, hija mía, ven tú a este campo de constancia y redención que acabo yo de consagrar.» Me desnudó y así que los vestidos cayeron a mis pies alzóme la camisa como ella se la alzó antes: de esta manera ofrecí a las miradas y a los azotes de Teodoro las partes anteriores y posteriores de mi cuerpo.

TULIA

Y él devoraría con los ojos la flor de tu belleza.

OCTAVIA

¡Y bien que sí! Acercándome los labios al oído, de modo que sentía su aliento arder, me susurró que me portara valientemente y lo sufriera todo con corazón intrépido.

TULIA

«Propio es de un romano, dice Tito Livio, mostrar siempre entereza en las obras y en el padecimiento.»

OCTAVIA

«Quiero probar—me advirtió el fraile—si sobrepujas a tu madre en firmeza. Si no exhalas un ay, te llevarás la palma.» Y con nerviosa mano me acarició lentamente una cadera y después la otra, y luego, hundiéndome en la piel las uñas de dos dedos, me cogió tal pellizco que hizo brotar la sangre. Yo callé, sin embargo, reteniendo el aliento y ahogando en el pecho un gemido. Y todavía, tras de palparme y oprimirme con la inflamada diestra todo el pubis, asió igualmente con la punta de las uñas dos o tres vellos del toisón de mi sexo, y de un tirón los arrancó. Tampoco entonces dí señales de haber pasado la más leve pena.

TULIA

¡Valerosa eres en verdad, Octavia! ¿Qué es Catón junto a ti? Pero, ¿tu madre se libró de sufrir igual suplicio?

OCTAVIA

«Álzate las ropas, Sempronia—le dijo Teodoro—. Descubre tus vergüenzas.» Al punto le brindó ella las nalgas desnudas; clavó él la

garra; tembló la víctima y, vencida por el dolor, alzó al aire una pierna; pero no se escapó una queja de sus labios.

TULIA

¡Donoso ministerio, a la verdad, el del Cincinato de barba enmarañada! ¿Qué más proezas obró?

OCTAVIA

Se levantó después mi madre los vestidos por el lado del crater del volcán de amor; mostró a Teodoro el bellissimo vientre, pulimentado y blanco como de nieve; descubrió por entero el dominio de Venus sombreado por la negra y rizada melena; separó él unos vellos, cogiólos todos juntos, y de un arranque seco se los llevó en la mano, sin que en la penitente se advirtiera más muestra de tortura sino un breve y vivo rechinar de dientes.

TULIA

¿Y qué más? Sigue, sigue. Concluye tu historia.

OCTAVIA

Fuí destrozada, desgarrada a latigazos sin

que saliera de mis labios una voz, de mi pecho una queja, que denotasen cobardía y poquedad. Nos volvimos a casa... ¡Ja, ja! Cuando llegábamos al umbral de la puerta, me preguntó mi madre: «¿Cómo te sientes, hija?» «Sufro atrocemente» — respondí—. «Yo me arreglaré de manera que antes de poco se ahogue tu sufrimiento en un mar de delicias. Yo también noto como si me anduviese en las caderas un enjambre de hormigas. ¿No adviertes tú la misma abrasadora desazón?» «Sí — le dije—; también experimento bajo la piel infinitas punzadas, como picaduras de puntas de alfileres; me siento arder.» «Sean las que sean, todas esas incomodidades — anunciéme mi madre, llevándome a mi alcoba — van a mudarse en manantiales de placer. Ahora te enviaré a Caviceo y él sanará tu mal.» Poco después de haberse ido ella, llegaba mi marido. «¿Qué es lo que te aflige, bien mío? — me interrogó—. ¿Qué tienes? Tu madre me avisó que estabas mal dispuesta.» «Tengo — le contesté — no sé qué angustia que no acierto a expresar, porque me han dicho que te habías enojado conmigo. ¿Qué culpa cometí? ¿En qué te he ofendido?»

«¡No me ofendiste en nada—respondió él, sonriendo—, alma de mi alma! Hasta ahora me has colmado de venturas y en tus abrazos he encontrado la suprema alegría. ¡Miserable sería si me quejase de ti, en quien mi méntula posee todos los goces y toda la fortuna de la tierra!» Y saltó al lecho. ¡Por mi vida, Tulia, que nunca hallé cosa más grata a mis sentidos! Tres sacrificios brindamos a Venus.

TULIA

Maravillosamente cuentas la ocurrencia; pero no me sorprende el fin de tu relato. Bajo el influjo de la flagelación se excitan y se encienden los órganos de Venus y en la vulva, en el clítoris, en los canales espermáticos, bulle una infinidad de espíritus sutiles, turbulentos, más inflamados que las chispas de un cohete: de ahí el prurito y la lubricidad que nos agujijonean. Oye una cosa que parece de milagro. Nuestra amiga la duquesa Eleonora, tan ilustre por su alto nacimiento, tan admirable por las dotes del cuerpo y del espíritu, debe a esta práctica su fecundidad. Consumfáse por ella de amor el duque su marido, empe-

ro no lograba sucesión, lo que le afligía en gran manera; fueron tentados mil diversos remedios y los físicos les declararon vanos, hasta que al fin, por consejo de un árabe, fué Eleonora azotada con unas disciplinas por mano de su madre, de igual modo que tú. Nunca hasta entonces había sentido la honesta duquesa el placer más liviano bajo la ardorosa caricia marital; aquella vez, cuando la gozó el duque, advirtió Eleonora una viva y extraña conmoción. De nuevo, al cabo de unos días, fué estimulada por las cuerdas bienhechoras, y sus entrañas se encendieron de inexplicable afán; poco faltó para que no se desmayara. Por fin, tras otro idéntico ejercicio, recibió la semilla conyugal con un grandísimo y desconocido deleite, y quedó encinta. Entre nuestros amigos, he oído decir que los azotes son el estímulo del marqués Alfonso para el duelo de amor; sin ellos no podría blandir el arma varonil. Se hace golpear fuertemente las nalgas ante los ojos de su mujer, que le aguarda en el lecho, y mientras más violentos son los latigazos es más vehemente y más grande el deseo, más dura y rígida la membruda erec-

ción; así que ve el marqués ya dispuesta la lanza, logra con su esposa la bendición del cielo.

OCTAVIA

¿Cómo, sabiendo eso, no has ensayado tú tal acicate del placer?

TULIA

Nunca lo intenté hasta hoy. Pero mañana por la noche, prima mía, he de gustar ese nuevo deleite. En cuanto a ti, tú tendrá el regalo de los besos de mi Lampridio, que, retenido hace ocho días en el campo con Calias, vive en la triste abstinencia de Venus. Me ha mandado una carta previniéndome que llegará mañana, mientras mi esposo ha de seguir allí algún tiempo más.

OCTAVIA

Mañana, pues, veremos las maravillas que no cesas de contar. Pero, entre tanto, te olvidas que has de completar y acabar la extraña historia conyugal de Julia y de Giocondo.

TULIA

Bien curiosa es. Ya sabes que sus bodas

fueron casi clandestinas. Tu padre estaba ausente; a ningún allegado se convidó; pasó la cosa como entre sombras y de tapadillo. Antes que llevase Sempronía a la recién casada al tálamo nupcial, ya había nublado con perniciosas e impúdicas máximas la sencillez de su inocente espíritu. Qué le sugeriría, qué le imbuiría, qué le aconsejaría decir y hacer, tú misma has de juzgarlo.

Giocondo había llegado antes que ella a la alcoba, y allí, mustios sus varoniles bríos por los combates previos a que tu madre le forzó, se estaba el hombre, atristado y perplejo, interrogando a sus armas de marido y meditando si tendrían temple para entrar en la liza. Apareció en ésto Sempronía con la moza, y la entregó al esposo. «Yo misma quiero desnudar a tu mujer para dártela, Giocondo»—le dijo afablemente. Y desnudó a la joven hasta dejarle no más que la camisa, que apenas si ve-
laba sus vergüenzas a las miradas del confuso marido. Después, salió. No bien quedaron solos, echóse Julia de rodillas a los pies del cónyuge, sin duda aleccionada por tu madre, y exclamó: «Aquí me tienes dócil a

cuanto mandes, y mientras viva me prestaré gozosa a que satisfagas tus gustos en mi cuerpo; si no lo hago, castígame.» La alzó Giocondo riendo, mientras ella enrojecía y temblaba; quitóla él mismo la camisa y, tomando a la virgen en sus brazos, mimosamente la tumbó boca arriba en el borde del lecho; palpó los senos pequeños, duros, redondeados, enhiestos y blanquísimos, y los cubrió de besos, y recorrió después con la mirada todo el menudo cuerpo hasta fijar los ojos, el pensamiento, el afán y la mano en el jardín de Venus. Cuando la cándida muchacha se sintió hurgar en semejante sitio, lanzó tres ayes, los más dulces que en trance igual se exhalaban jamás de pecho femenino y, acomodándose, entre insólitas caricias, a las mil maravillas para la conyugal operación, rompió en los más frenéticos e indecentes meneos que quepa imaginar. Giocondo, sorprendido de tan rara presteza y tan gentil disposición, sospechando algún fraude, aseguróse de que estaba intacta la flor de la virginidad y comprendió enseguida que todo era, por fuerza, sugestión y maestría de su señora ama. Antes que en el

primer asalto tomase real y verdaderamente posesión de la indefensa plaza, preguntó a Julia: «Julia mía, ¿quién te ha enseñado tanto? ¡Me maravilla tu destreza en empuñar y dirigir tú misma mi lanza contra ti; me asombra el brío con que me anudas al cuello los brazos; me pasman tus meneos, besos y suspiros!» Ella callaba. «¡Vamos, vamos, confíesalo!»— insistió su marido—. «¡No; no me atrevo!»—respondió la mozueta—. «Bástete que oí que éstos hacen y han de hacer las esposas honradas.» «¿Y quién te dijo que éstos se ha de hacer?»—le repitió Giocondo—. «¡Si no me lo refieres, créere que no eres tan honesta como me quieres parecer!» «Por Dios te pido—le imploró entonces Julia—que a nadie se lo cuentes: Sempronio me ha advertido de que mi deber es placerte de esta manera y con estos extremos.» «Bien está—respondióle su marido—; cuidate tú de que no sepa nunca nuestra ama que me lo revelaste.»

OCTAVIA

¿Y qué se proponía mi madre con sus torpes consejos?

TULIA

Sin duda pretendió que esta inconsciente liviandad de la hembra diera qué pensar al varón y le inspirase desvío y dureza para con su mujer. Y oye, que aún falta lo mejor. Cuando la desposada sintió sobre su pecho el peso de Giocondo, que, enamorado y riente tras la vana sospecha, iniciaba el combate, rompió a gemir: «¡Me matas! ¡Ten compasión, ten compasión! ¡Álzate, quitate!» Pero a las suplicantes voces se unían muchos graciosos tartamudeos de amor y, sobre todo, la más valiente y firme cooperación de meneos y apretones, con que llegó el mancebo al término feliz de la amorosa hazaña. Y era que Sempronía había dicho a la moza: «Así que adviertas, Julia, cierto cosquilleo y dulce picazón donde tú sabes, haz que notas aún más vivo acicate que el que de verdad notes, y excita a tu marido con palabras, con suspiros, con mordisquillos, con estremecimientos, para que no te crea de piedra, cosa de que te libre Dios!» He aquí por qué, desde la titilación primera, la casta y dulce niña ayudó tan cumplidamente a Giocondo a correr el estadio del placer. «¡Ay,

ay, ay! ¿qué me pasa?—murmuró, acabado el lance—. ¡Me muero!» Y quedó muda, sudorosa, pálida, temblando, sin alentar apenas. Giocondo se detuvo. «¿Qué es eso, Julia? ¿Por qué te desmayas?»—le preguntó, besándola en los labios de rosa—. «¡Estoy muerta!—dijo ella—. ¡Tanto placer me has dado que no creo que se pueda añadir más al colmo de mi dicha!»

OCTAVIA

¿Cómo la larga lucha no había transido de dolor los tiernos miembros de la dulce doncella? Ya entiendo: es que el amor, y su compañera, la voluptuosidad, suplieron por sus fuerzas.

TULIA

En todo el curso de la noche nupcial no gozó Julia, en realidad, sino un asalto, aunque valió por dos o tres. El segundo, según confesión suya, no le causó más que una leve sensación placentera.

OCTAVIA

Al día siguiente, como me contaste, corrió el marido otras dos millas.

TULIA

Sí; pero luego de haber pagado, de malísima gana, su tributo a la bienhechora madrina; de modo que la joven, condenada después al cinturón de castidad, apenas disfrutó aquellas dos noches el pleno y natural vigor del cónyuge.

OCTAVIA

Así debía de ser; porque si los previos abrazos de mi madre le exprimían todo el jugo, lo que quedara al pobre mozo no sería más que misérrimos posos y zurrapas.

TULIA

Corrido un mes, cierta vez que Giocondo se holgaba con Sempronia, le dijo: «¿No has de consentirme que sea padre, señora?» «¿Por qué no?»—repuso ella—. «¿Cómo lo he de lograr—se lamentó el mancebo—, si no me dejas sembrar el campo de mi mujer con una buena y fecunda semilla? Consíenteme que yazga tres veces con ella y que tres veces lance, íntegramente, las oleadas de mi virilidad en sus entrañas.» «Gustosa soy—le concedió Sempronia—, si ha de quedar encinta; en una

misma noche, en tres seguidos y fornidos ataques, recibirá la mala pécora en su seno todo el gérmen que durante ocho días se elabore en tus riñones.» Y así pasó: ocho días después fué libertada Julia del cinturón de castidad, arrancóse la reja de la cárcel de los deseos de la hermosa muchacha, y la carnal y palpitante y deliciosa cárcel fué regada con un rocío fecundo. A lo que dicen, la infeliz está preñada; en la frescura de su tez se advierte el paño del embarazo y, como acaece, ha empezado a sentir los vómitos, mareos y dolor de corazón que son anuncio de la maternidad. Así, sólo a ese precio, ha conocido la cuitada joven la más rudimentaria forma del deleite. En cuanto a ti, Octavia, veremos la venidera noche si te das trazas en practicar todos los juegos, modos y maneras que Venus practica, ya que tan parecida eres a Venus en gracia y hermosura.

OCTAVIA

Creo que obraré de modo que no podrás dudarlo, y que Lampridio, para su bien, hallará en mí una fuente de inagotable voluptuosidad.



COLOQUIO SEXTO

FIGURAS Y MANERAS

OCTAVIA, TULIA, LAMPRIDIO, RANGONI

OCTAVIA

HASTA lo hondo de las entrañas me llega la pintura que me has hecho de las delicias que esta noche me esperan.

TULIA

Doble placer tendrás que el que yo te pudiera prometer, por mucho que te prometiera.

OCTAVIA

¿Acaso con Lampridio vendrá también Rangoni, y con los dos entablaremos la batalla?

TULIA

Serás tú sola quien la entable con ambos.

OCTAVIA

¿Quieres callar? En pocas horas darían cuenta de mí los dos temibles postillones.

TULIA

¡Ah, ignorantuela, que no sabes que podrás tanto como los dos juntos y después de la lucha verás que las mitológicas amazonas no valen nada comparadas contigo!

OCTAVIA

¡No lo haré, prima mía, no lo haré! ¿Me crees tan libertina? ¿Todo ha de ser hartarme yo de goces dignos de las diosas, y no catarlos tú? ¡No sigas! ¡No lo haré!

TULIA

¡Lo harás! ¡Lo harás! Lo que haya de acaecer aquí, sucederá contigo, y has de triunfar de todos los azares que te depare Venus. ¡Mira!

OCTAVIA

¡Oh! ¿Has obstruído tu puerta con ese odioso cinturón de castidad? ¿No piensas lo que habrá de ser de mí si no compartes mis fatigas?

TULIA

No seas cobarde. ¿He rendido yo a cuatro, y les temes tú a dos?

OCTAVIA

Pero éstos son de sobrenatural empuje y en la inextinguible lujuria a todos los superan. Dijiste que Lampridio había corrido doce millas una vez en tu estadio, y cuentas de Rangoni cosas que tocan en lo portentoso.

TULIA

Lampridio fué quien me narró de él proezas que no creerían los más expertos campeones del amor. Ambos son amícsimos.

OCTAVIA

¿Qué te refirió? ¿Es que, tal vez, tú no conoces por experiencia propia los besos de Rangoni?

TULIA

Al regresar Lampridio a la ciudad le ha traído a casa como huesped, con anuencia de Calias; y mira cuál será la inagotable liviandad de mi amante, que se dió trazas para inflamarle de deseos por mí, y así que le vió presa de violentos afanes se atrevió a prome-

terle su intercesión para hacerle partícipe de la que él llama su suprema dicha. Sin consultarme, traficó con mis caricias.

OCTAVIA

¿Y no estallaste en cólera?

TULIA

Juzga por ti misma cuál sería mi enojo y con qué indignación se lo demostraría. Pero él, para desenfadarme, me dijo: «¡Mi señora, mi reina, mi diosa: perdóname este atrevimiento y no consentas que falte a mi palabra! Rangoni ha visto tu hermosura y se muere por ti; yo, antes, en Nápoles, había visto a una hermosa prima suya y me moría por ella; fingió él que estaba consumido de amor, para favorecer el mío; la demandó una cita y, suplantándole, fuí yo quien se introdujo por la noche en la cámara de la linda doncella, y en los brazos de Laura (que tal era su nombre) me harté de goces, mientras ella creía que se entregaba a las caricias de Rangoni. ¿No había de demostrar mi gratitud a tal favor? Absuélveme, tesoro mío, si, queriendo pagar la deuda placentera, te ofendí sin querer.»

OCTAVIA

¿Qué dijiste a ello?

TULIA

El conmovido acento de mi amante me ablandó el corazón. «¿Qué pretendes que haga?—le pregunté—. ¿No te avergüenzas de tratar así a quien es toda tuya?» «¡Consiente en ello por una vez sola!—me imploró él—. ¡Colma a la par las amorosas ansias de Rangoni y los deseos de tu Lampridio! En adelante, nada te pediré que no sea honesto y grato.» Entonces, acordándome de ti, Octavia querida, tuve una idea diabólica: ofrendarte a su empuje y al de su compañero. «Lampridio—dije—, ¿conoces a Octavia?»

OCTAVIA

He aquí que yo debiera indignarme contigo igual que tú con él.

TULIA

¡Calla, tontuela! Explíqueme mi plan de ponerte en sus brazos. «¡Cuán feliz he de hacer-te!»—le prometí—. «¡Pero entre tanto—me interrumpió—, Rangoni y yo no podemos ya

más: vamos infamemente a corrompernos el uno con el otro bajo el influjo de tu incitadora belleza, si tú no nos remedias!» Callé, medio indecisa, medio accediendo. Temía por ti; temía que los dos hombres que se me había ocurrido sacrificar en tu ara quedasen sin semilla que arrojarte en el surco. Esta escena pasaba en mi jardín, sobre el que sabes que no cae ventana alguna sino las de mi alcoba. Nadie nos podía ver. Esperando el final de la embajada, paseábase Rangonj a pocos pasos de nosotros y me devoraban sus ojos codiciosos. Fué Lampridio a buscarle y le trajo diciéndole: «Da a Tulia gracias infinitas por el celeste don que va a otorgarte, y disponte a gozar de la suprema dicha.» Yo enrojecí y Rangonj me rindió los honores con un ardiente beso. Se acusó de su audacia y me pidió perdón. Mientras hablábamos, habíamos entrado en la gruta que hay a un extremo del jardín. Lampridio nos acompañaba y, con la venia de su amigo, me tomó aparte y me dijo en secreto: «¡No sabes qué famoso y descomunal postillón vas a tener! Las mujeres de Roma y de Venecia que se las hubieron con él dicen que ningún hombre

regó jamás el campo femenino con tan torrencial lluvia. Jerónimo Mercuriali (*), después de haber diligentemente probado y estudiado la verdad de cuanto se contaba de Rangoni, afirma que ello no es sólo admirable, sino milagroso.»

OCTAVIA

Y mientras esto te anunciaba Lampridio, ¿cómo podía su amigo aguardar, refrenando sus ansias, sus furores y su méntula?... Pero, ¿no oyes ruido? ¡Ah, ellos, sin duda, son! ¡Qué miedo! ¡Qué vergüenza!

TULIA

¡Oh Himeneo! ¡Oh Himeneo! Es Lampridio el que llega. ¿Cómo vienes solo, Lampridio? ¿En dónde está tu camarada?

LAMPRIDIO

Hemos cenado juntos en casa de Mendoza, el gobernador de la ciudad, varón tan probo como afable, y él ha entretenido a Rangoni hablándole de sus negocios, de sus padres, de

(*) Célebre médico de Forlì, nacido en 1550, como Luisa Sigea. Enseñó y practicó su arte en Padua, en Bolonia y en Pisa y fué llamado a Viena por el emperador Maximiliano II.

sus deudos y de mil cosas, ora graves, ora placenteras. Yo me pude escapar, agujoneado por el amor que se cambiaba en rabia a fuerza de impaciencia, y héme aquí ansioso de que Octavia me cure, si para sí quiere tenerme fuerte y sano. ¿Por qué callas, Octavia?

OCTAVIA

¡Tulia, primica mía! Me azoro, me avergüenzo, no sé qué responder.

LAMPRIDIO

¿Ni un beso quieres darme, pobre de mí?

TULIA

¡Vamos, Octavia! ¿Por qué te echas atrás? Apenas si cabremos, bien apretados, en el lecho los cuatro, cuando Rangoni llegue. No hay en la cama sitio para el pudor. Cesen tus boberfías.

OCTAVIA

¿Y por qué me destapas y me muestras desnuda a los ojos de Lampridio?

LAMPRIDIO

¡Cuánta hermosura! ¡Qué tierno cuerpo, hecho para el amor!

TULIA

Quiero, Octavia, que obres como yo misma.
¿No ves consumirse a Lampridio? ¿No te da
pena de él?

LAMPRIDIO

¡Intercede por mí, Tulia! ¡Haz de modo que
Octavia se deje amar y yo pueda coger la flor
de su belleza y de su juventud!

OCTAVIA

¡Aparta, aparta! Como sigas, gritaré.

TULIA

¿Qué frenesí es ese? ¿Estás en tu sentido?
¡Por la diosa Pertunda! Por enemiga me ten-
drás si no quieres tener a mi Lampridio por
amigo.

OCTAVIA

Tu Lampridio me palpa los senos, las cade-
ras, el cuerpo entero, con insaciable liviandad.

LAMPRIDIO

¡Cuán apta se abre la concha de Venus!
¡Cuán regaladamente está asentado el trono
del placer! ¡Cuán blando y suave el rizado
toisón!

OCTAVIA

¡Ay! ¡Ay! ¿Qué haces? ¡Adónde iré, prostituida y desvergonzada, después de tal ultraje?

TULIA

¡Bésale, Octavia, goza, muérete de delicia!

LAMPRIDIO

¡Ámame, Octavia!... ¡Ayúdame!... ¡Más, más! ¡Así! ¡Dame el regalo de inundarme de divina ambrosía!

TULIA

¿Desfalleces, primica?

OCTAVIA

¡No sé, no sé!... ¡Sí, sí!... ¡Oh, qué soberbio ímpetu! ¡Qué soberano inflamado raudal! ¡Así debió Júpiter de yacer con Juno! ¡Me muero! ¡Me muero!

TULIA

¿Qué tartamudeas? ¿Qué balbuceas? ¿Es acaso que el ancla de Lampridio tocó al fondo del mar?

OCTAVIA

¡A fe que sí! Pero ya él desfallece también. Ya levó el ancla. Permíteme, Lampridio, que

te dé un beso y otro y otro, y que a besos te coma antes que descabalgues.

TULIA

¿Es que pretendes, libertina, excitarle a otro combate más? No habrá de ser. Antes ha de ir a buscar a Rangoni, no sea que éste sospeche el latrocinio que le ha hecho Lampridio, con su escapadilla, de las primicias de esta noche de amor.

LAMPRIDIO

Cierto es. Voy a buscarle e inventaré cualquier achaque con que excusar mi ausencia. Descúfda: pronto he de tornar para caer en los brazos de Octavia, que, a semejanza de los tuyos, Tulia mía, encierran y brindan la plena y verdadera voluptuosidad.

OCTAVIA

¡Cuántas gracias te debo, prima del corazón! ¡Ahora es cuando sé lo que es Venus! ¡Tanto placer me dió, que hoy es cuando he gozado todos los goces con que Venus nos puede regalar!

TULIA

¡Feliz me siento al advertir que hallaste verdadero cuanto de él te decía!

OCTAVIA

¿Viste lo alegre que se fué? ¿Viste con qué amante ternura me besó? ¡Dichosa tú que puedes entregarte a él cuantas veces te place!... Pero ¿no me cuentas el modo con que Rangoni, a lo que me imagino, te colmó también de delicias infinitas?

TULIA

Reanudaré el interrumpido relato, pues que tanto te intriga. Al referirlo, resucito mis goces.

OCTAVIA

Y a mí me haces participar de ellos.

TULIA

Así como entre todos los animales es el hombre el que emite un riego más copioso, así es Rangoni entre todos los hombres el más sobrado de él. Cuando Lampridio, según iba diciéndote, me hubo advertido de esto, se alejó. Avanzó entonces su amigo y, tomándome de

la mano, me arrastró, dulce y firmemente a la vez, hacia el diván que hay, como sabes, en uno de los ángulos de la sombrosa gruta, y allí, entre besos y caricias, me desciñó poco a poco las ropas y se aligeró luego de las suyas.

OCTAVIA

Y te mostró, sin duda, un magno y rígido lanzón digno de él y de ti.

TULIA

Poco más o menos, como el de Lampridio. A lo que yo pude apreciar, no hay entre ellos una gran diferencia: la longitud es de unas once o unas doce pulgadas. Insensiblemente había ido dejándome caer sobre el diván de espaldas, y me hacía mil deliciosas cosquillas en el pubis y en ese espacio que, según te he dicho, se llama el perineo, tan accesible y vulnerable al ardor venusino. «¡Vamos, concluye de una vez! ¿Te burlas?—exclamé—. ¿Para qué quieres añadir nuevas chispas a quien ya está inflamada de tu amor?» «¡Recibe entonces—replicó—, el hierro incandescente!» Y lo hundió en mis entrañas. Así que me ví traspasada, prorrumpí: «¡Me haces daño! ¡Me haces

daño, maldito!» Lampridio me sintió, y acudió presuroso. «¡Cuidado, Tulia—dijo—; se oye tu voz desde la calle, por encima del muro! La ciudad entera conoce su eco. Procura reprimirte.»

OCTAVIA

¿Y os sorprendió peleando en el erótico palenque, y pudo contener la risa al par que los deseos que provoca Venus con su desnudez?

TULIA

Quedósenos mirando, y al advertir que mi pie izquierdo colgaba hasta rozar el suelo, «Quiero—dijo—ayudaros.» Y arrimó un taburete para que descansara el pie. Luego, posando su nervuda y solícita diestra sobre las nalgas de su camarada, él mismo fué imprimiendo al cuerpo de Rangoni la candenciosa oscilación que conduce al deleite.

OCTAVIA

¡Oh grotesca tarea! ¡Risible situación!

TULIA

Repentinamente detuvo Rangoni su faena.
«Abrazame bien, amor mío me rogó—. Tres

meses hace que ninguna mujer me ayuda a desahogar mi ímpetu varonil. Nunca encontrarás hombre tan vigoroso como yo, ni que vierta en tu huerto tan pródigo rocío.» Y el corcel, refrenado unos instantes, reanudó la carrera y pronto me sentí radiante de voluptuosidad, «¡Veo los cielos—grité yo delirando—, veo los cielos abiertos!» Y convertidas en cataratas las fuentes del amor, Rangoni y yo caímos en una doble y mutua y portentosa inundación, y concluyó la liza.

OCTAVIA

¿Te dejó bien saciada? Si un nuevo atleta te hubiese retado, ¿rehusarías la pelea?

TULIA

Me habría causado más fatiga que goce.

OCTAVIA

Dicen que todas las criaturas sienten tristeza después de aparearse.

TULIA

Aquí pasó al revés. En la animación de su rostro, en la jocundidad de sus palabras, demostraba Rangoni la alegría de la posesión.

Llamó a Lampridio, y yo al oírle me zafé de sus brazos, temiendo que otra vez me quisiera gozar para recreo de los lindos ojos de mi amante. De una carrera me refugié en la casa, antes que ellos lo pudieran evitar. Y has de saber, Octavia, que, como todo el jugo seminal de Rangoni me llenó las entrañas sin que se perdiese una gota, tengo el grandísimo temor de que me haya empañado.

OCTAVIA

Pues, a pesar de lo que pintas, ahora veo que ese duelo fué una baladí escaramuza en parangón de tu glorioso encuentro con el cual druvirato.

TULIA

Te entiendo: quieres conocer la historia de mi batalla en Roma.

OCTAVIA

Sí.

TULIA

Adoleció Calias de un mal que, desde sus comienzos, pronosticaron los galenos que habría de ser muy largo y que tal vez acabara en la muerte. Mi marido y yo estábamos en

Roma, en donde sosteníamos un intrincado pleito con mi primo Ottoboni. Quizás fué la virtud de mis cuidados amantísimos la sola medicina que resucitó a Calias. Así como empezó a convalecer y se alejó el peligro, fui yo sintiendo los deseos de solazarme un poco tras los tres negros meses de acerba pena e inquietud. Solía acudir a casa una vecina nuestra, todavía fresca y de buen ver, de la familia Orsini, y trabé con ella amistad hasta el extremo de que a las veces se acostaba conmigo, y era mi más íntima confidente; cierta noche, después de haber charlado de mil distintas cosas, ya graves, ya de chanzas, vinimos a tocar el tema de mi abstención de los goces venéreos, e ingénuamente confesé: «Siento que va a avivarse otra vez en mis venas el dormido fuego sensual y que no habrá virtud ni pudor ni firmeza que puedan apagarlo.» Entonces la matrona, que como nadie era cortés y liberal, me dijo: «Mañana gozarás los deliciosos dones de que te has visto tanto tiempo privada: disfrutarás hasta la hartura. No seas boba, y confía en mi diligencia; nada habrás de temer por tu reputación. Solamente te im-

pongo que sin vacilación te dejes guiar a mi albedrío.» «En hora buena—respondí—. ¿Qué he de temer, siendo tú mi fiadora?» Llegada la mañana, me hizo tomar un almuerzo ligero, y con sus propias manos amable y delicadamente me lavó el cuello, los senos y el vientre con agua perfumada y el caliz del amor con aceite de mirto; me atavió con una blanca túnica de seda, con la que parecía más bien envuelta en una nube transparente que vestida a lo humano. Dispuesta así, en una carroza me trasladé con ella a una casa de campo cercana a la ciudad: era un recinto delicioso en que Venus y Flora, bellas y descuidadas, jugueteaban en medio de una perenne primavera; a través del bosque frágil y luminoso, llegamos a un gran edificio y dentro de él nos detuvimos en un lindo aposento al que una oculta lámpara daba una suave penumbra de crepúsculo, que simultáneamente protegía el pudor y el impudor.

OCTAVIA

Lugar propicio a todos los arrebatos de la liviandad.

TULIA

Una anciana mujer, de servicial y modesta apariencia, se aproximó a nosotras y dijo, saludando reverente a la señora Orsini: «Procuraré que esta joven a quien traes te dé las gracias, ébria de dicha, dentro de pocas horas.» Hablando así, me tomó de la mano; marchóse la señora Orsini y, luego que hubo cerrado la puerta, condújome la anciana, con vacilante paso, a otro aposento. «Ahora, hija mía—me advirtió—, acepta de buen grado cuanto te va a acaecer, todo cuanto se quiera hacer de ti. Ya no eres tuya: eres de cuatro atletas que tengo apercibidos para entrar en liza contigo. Uno es francés, otro alemán y los otros dos son nacidos en Florencia: mi ama adora a los florentinos. Tus cuatro héroes están en plena juventud, son fuertes y gallardos, grandes amigos unos de otros, y de muy noble cuna.» «¡No; no!—le respondí—. Tantos atletas me matarán. ¡Ten piedad de mí, honrada dueña! Uno es bastante. Prefiero un duelo a una batalla: despide a los demás.» Echóse ella a reír y, mientras yo remataba mi ruego, hételes a los cuatro en mi presencia. «Elige al

que desees para empezar me dijo la mujer—; tú misma habrás de disponer el orden de combate.» Señalé al francés; llamábase La Tour. Acordé que a éste le siguiera Luis, a Luis Conrado, a Conrado Fabricio. Luis y Fabricio eran los florentinos; Conrado, el alemán. La buena vieja dió la señal de entablar la contienda con esta épica arenga, que sonaba como un clarín guerrero: «¡Oh, gallardos mancebos: mostrad a tan hermosa y delicada joven el uso que unos enamorados hombres saben hacer de un bello cuerpo femenino! El que más valientemente se porte en el palenque, obtendrá esta sortija en recompensa de su bravura y como premio de su triunfo.» Y alzó un anillo de oro en que brillaba engastado un diamante, rico presente de la señora Orsini, para incitarles a tener más ardor en el galán empeño. «Y ahora, ¡sus, y a ella! ¡A pelear como buenos!»—dijo, y nos dejó solos.

OCTAVIA

¿No te echaste a temblar ante los cuatro luchadores dispuestos a asaltarte?

TULIA

Ya lo verás. La Tour me dió un beso en la mano y me llevó a un extremo de la anchurosa estancia, donde, tras un recio tapiz, se tendía un muelle lecho de apenas un pie de alto. Una lámpara lo alumbraba con temblorosa luz, cual si la llama adivinase nuestros arrebatos. Oyóse al punto la voz de Fabricio que advertía jocosamente a La Tour: «¡Eh, amigo, date prisa! ¡No te guardaremos rencor porque hayas sido elegido el primero; pero despacha presto!» «No temas que haya fraude— le replicó el francés —; por grande que sea el goce, acabaré en seguida y no reincidiré.» Yo, llena de vergüenza, parecía enajenada. Mi caballero me derribó suavemente en el lecho, mas no tan quedo que sus cofrades no lo oyeran crujir, y al oirlo rieran y cuchichearan. Lancé una débil queja, y dijo La Tour: «Desecha el inútil pudor. No eres la primera mujer venida a nuestros brazos; las más hermosas y honestas matronas han caído antes en ellos, como tú caes ahora. Hemos hallado el modo de hacer decente el lupanar y dar decoro a la lujuria. Nadie podrá jamás echarte en cara lo que no

sabrá nadie.» «¡Despáchate, La Tour!—gritó nuevamente Fabricio—. No nos atormentes con la dilación.» «Obedezco»—dijo él, y me dió al mismo tiempo la varonil arremetida. Como yo no osaba moverme, me rogó: «Al menos, señora mía, ayúdame un poco.» Me decidí a favorecerle con un ligero movimiento ondulante, y pronto comencé a sentir la placentera sensación. Y entonces... olvidé el rubor, olvidé toda fría y calculada honestidad, me olvidé de mí misma, y me entregué desenfrenadamente a la pelea; pero ya él, por su parte remataba la hazaña, y apenas tuve tiempo de proclamar mi goce. Llegó después Conrado, hombre excelente, pero tosco. «Perdóname, señora,—dijo—, que no sepa extenderme en floridas razones y que hable con mis obras.» Y sin añadir más palabra, me asaltó y con cuatro meneos acabó el lance. «¿Por qué—le pregunté—has cambiado el orden que habíamos acordado, y usurpaste el puesto a Luis?» «Es un convenio que hemos hecho—me explicó—; los florentinos vendrán juntos, y me figuro que juntos se irán; nos tienen a franceses y alemanes por gente mentecata, que no

queremos conocer ni probar en qué consiste *el placer verdadero*.» Retiróse Conrado y aparecieron Fabricio y Luis. Luis me hizo alzar las piernas, se acomodó entre ambas y, auxiliado por Fabricio, que diligentemente le empujaba tal como si fuera un columpio mi regazo, pronto apagó el tercer incendio que ardía en mí. Separóse Luis, y su paisano se preparó al combate pidiéndome que le volviera el dorso.

OCTAVIA

Adivino lo que va a suceder.

TULIA

Prestéme al liviano capricho, pensando que su voluptuosidad era mi ley. Así que vió las nalgas, cuya blancura hubiese oscurecido el albor de la nieve, no pudo reprimir el ferviente entusiasmo. «¡Oh, cuán belia eres!» —exclamó. Siguiendo sus mandatos, hundí en el lecho la cabeza y erguí el cuerpo apoyado en las rodillas, ofreciendo a sus ansias la mole marmórea de las posaderas. «¿Qué camino vas a tomar?» —preguntó Luis—. «La misma vía que tú—le respondió Fabricio—; después veremos si hay que hacer otra cosa.»

OCTAVIA

Esto era una amenaza.

TULIA

Cogiéndome con cada mano un pecho, siguió la ruta natural. Pronto sentí un goce inefable. En este solo asalto perdí más fuerzas que en los otros tres juntos. Así acabó la cuarta escena, y con ella el primer acto, de la comedia erótica.

OCTAVIA

La opinión que me hiciste formar sobre Fabricio me ha chasqueado. Son los florentinos, en efecto, hombres dados a burlar a Venus. Dícese que hallan incomparable deleite en las gracias de los apuestos jovencitos y gustan de las hembras que se prestan a transformarse en muchachos para ellos y a dejarse tratar como muchachos.

TULIA

Yo misma lo experimenté y puedo afirmarte que con razón llevan tal fama. Abreviaré el relato, porque imagino que te cansarían los superfluos detalles. La Tour y Conrado, lanzando a toda brida sus veloces corceles, corrieron

nuevamente el campo del placer. Cuando otra vez les llegó el turno a los dos florentinos, compareció con ellos la zalamera vieja, que, como experta mediadora, me aconsejó y rogó que no dudara en someterme a las fantasías lúbricas de los caprichosos atletas, segura de que se lo habría de agradecer. Nada le respondí. Marchóse, y ambos echaron suertes sobre cuál sería el que primero me cavase el hoyo (que de este modo hablaban). Para los miserables y hediondos pederastas, su depravación vergonzosa sobrepuja a todas las delicias del coito verdadero. «No me acomodaré a tal cosa—les advertí—; no me prestaré a hacerlo. Dadme a lo menos una tregua.» Sometiéronse ambos y caballerosamente tomaron el camino derecho, y así concluí, de modo natural, la séptima y octava carreras. Pero la aberración que no quise saciar en los dos libertinos, me obsesionaba; llegó a inspirarme una maldita curiosidad febril, y me ocurrió la idea de ofrecer a La Tour, que era el que me placía más entre todos, las extrañas primicias de una virginidad inesperada.

OCTAVIA

Propiamente hablas. Para los florentinos, las mujeres tienen dos doncelleces: una delante y otra atrás.

TULIA

Pero La Tour rechazó el don diciéndome que no era un don sino una afrenta. «¿Por quién me has tomado, señora?—exclamó—. ¡Guárdeme Dios de caer en semejante infamia, ignominia y demencia! ¡De ningún goce gozaré que tú no goces!» Al fin, tras otros enconados combates cara a cara con los cuatro partícipes, de nuevo me imploró desesperadamente Luis que le volviera el dorso. «¿Qué intentas perpetrar—le dije—por esas partes que tiemblan ante tu lujuria? ¿Te olvidas de que soy una mujer y no un mozuelo?» «¡Calla!—atajó Fabricio—; lo que no osó negarnos ninguna de las jóvenes romanas más ricas en prendas de hermosura y discreción, ¿nos lo negarás tú, tan hermosa y discreta como ellas?» «¡Pero eso me da espanto—le repliqué—; estoy cierta de no poder sufrirlo!» «No tan solamente podrás—me explicó Luis—, sino que encontra-

rás un gran deleite en ello. Muchas muchachas casi impúberes son célebres entre nosotros por ese dulce empleo a que ofrecen sus cuerpos delicados. Mayor dolor, seguramente, te ocasionó la pérdida de la primera virginidad.» Teniendo por vana toda resistencia, me sometí a aquellos endemoniados. Arrojóse Luis sobre mí y me cabalgó bestialmente por la grupa. De igual manera me asaltó después Fabricio. Cuando sentí el primer empuje lancé un agudo grito; pero luego, por imposible que lo creas, me fué invadiendo una insaciable cohezón, hasta el extremo de que estoy por creer que me acostumaría más que bien, si quisiera, a tales prácticas. ¡Mas no permita el cielo que Calias, mi marido, sienta iguales antojos!

OCTAVIA

¡Dime la verdad, prima Tulia! ¿Nunca pretendió Calias gozarte de ese modo?

TULIA

Te confieso que sí.

OCTAVIA

También a mí me sucedió con Caviceo.

TULIA

Al segundo mes de nuestro matrimonio, cierta tarde, a la hora de la siesta, me quiso ver Calias desnuda... ¡Pero, oye!... ¡Oye!

OCTAVIA

¡Vuelven nuestros atlefas!

TULIA

Les oigo hablar. ¡Ánimo, Octavia!

OCTAVIA

¡Estoy temblando!

TULIA

¡Gran merced me debes, Rangoni! Voy a ofrendarte una mujer hermosa si las hay. Ninguna, en ningún sitio, encontrarás que sea más digna de tu amor.

LAMPRIDIO

Rangoni te da gracias, Octavia. Y mejor aún te las dará dentro de unos instantes cabalgándote del modo que mereces.

RANGONI

Bien sé que después de ello no encontraré delicia que supere a esta. Pero, ¿por qué es-

tás triste e inmóvil, Octavia? ¿No sabes que has de consagrar la noche entera a Venus?

OCTAVIA

¡No más! ¡No más! ¡Voy a echarme abajo del lecho! ¡Alborotaré a gritos la casa! ¡Basta! ¿Por qué me atormentas, maldito?

RANGONI

¡Divinos son tus celestes encantos! ¡Divina toda eres! ¡Sé tan piadosa como bella!

TULIA

¿Dónde te escondes? ¡Vamos, ten juicio!... ¡Tú, Rangoni, coge a la fugitiva!

LAMPRIDIO

¿A qué esas voces? ¿Por qué tales que-
rellas?

OCTAVIA

¡Defiéndeme, Lampridio!

LAMPRIDIO

¡Chancera estás! ¿Huyes del placer que te busca, y voy a defenderte? ¡Criminal sería tener misericordia!

TULIA

¡Así! ¡Así! ¡Bien que la apresaste, Rangoni!

OCTAVIA

¡Bueno está ya! ¡Bueno está ya! ¡Con qué fuerza me oprimes! ¡Haré cuanto tú quieras! ¡Te obedeceré en todo; en todo; en todo!

TULIA

En tu arrebatado abandono, primica mía, dejas colgar fuera del lecho la desnuda pierna.

LAMPRIDIO

Sigue tu obra, Rangoni. Yo con mis manos sostendré esta incomparable columna de alabastro.

OCTAVIA

¡Detente, libertino! ¡Detente, o me muerol... ¿Por qué me das y me quitas la vida, árbitro de mi vida y de mi muerte? A poco si me ahogas con ese fiero y magnífico abrazo. ¡Me anonadas, bien mío, desfalleciendo mientras yo desfallezco! ¿Por qué te separas tan pronto?

TULIA

¿Tan pronto? ¿Estás loca? ¡Por Venus que

más tibio y menos vigoroso fué el abrazo con que Júpiter engendró a Hércules en el seno de Alcmena! Mira a Lampridio consumirse de envidia.

LAMPRIDIO

¡Sí; yo también, yo también quiero poseerla! ¡Ábreme tu regazo, Octavia!... ¡Héme ya en él!... ¡Dame tus besos, dame tu alma con ellos!

OCTAVIA

¡Bravamente me refas, me atacas y me hieres! ¡Pero no será impunemente, porque con idéntico brío lucharé yo!

TULIA

¡Maravilloso eres en el combate, Lampridio! Y tú, Octavia, parece que vas a dar el alma al héroe que te agujonea con su inflamada antorcha. ¡Permíteme, Lampridio mío, que recompense con un beso el placer que la das!

LAMPRIDIO

¡Oh, dulce beso, voluptuoso aumento del goce que disfruto! ¡Acércame, Tulia, los globos de marfil de tu pecho, para comerme sus qotones de rosa!

OCTAVIA

¡Concluye! ¡Concluye!

TULIA

¡Ayudaos esforzadamente el uno al otro!...
¡Por el dios Subigo que rematásteis bien! ¿Qué
haces tú entre tanto, Rangoni, inmóvil y ca-
llado?

RANGONI

¡He aquí mi respuesta!

TULIA

¿Enarbolas la méntula, oh, valiente cam-
peón? Ya veo que no dareis a vuestra tierna
víctima un instante de reposo.

LAMPRIDIO

A ti te toca ahora, Rangoni, llenar el campo
que yo abandono colmado de dicha.

RANGONI

¿Huyes, diosa mía? ¿Me vuelves la espalda?

OCTAVIA

No huyo, sino que te pido una tregua.

RANGONI

¡No la tendrás! Ordena, Tulia, de qué mane-

ra se ha de efectuar el nuevo encuentro; dicta las leyes de la lucha amorosa, puesto que tú, después de Venus, la presides.

TULIA

Mírame, Octavia, cómo me apresto a ayudar a tu pasión. Me echaré en el lecho de bruces, y tú pondrás tu espalda sobre mi espalda, para que sea mi cuerpo blando sostén del tuyo.

OCTAVIA

Pienso que no podrás soportar la doble carga cuando Rangoni se me eche encima. Obedezco, empero, a la reina que lo manda.

TULIA

Rangoni obrará de manera que no me agobie el fardo; es más que experto y ágil para saberlo hacer. ¡Andad! ¡Andad!

OCTAVIA

¡Llégate acá, mi dios, que el deseo me impacienta! ¿Es así, Tulia?... ¡Qué locuras! ¡Qué locuras!

TULIA

Así es. ¡Agítate, muévete suavemente como

yo, y desmayarás de placer!... ¡Egregiamente lo haces!... ¡Sigue!... ¡Sigue!

OCTAVIA

Siento caer gota a gota una lluvia que Dánae, hija de Acrisio, preferiría a la lluvia de oro. Ya Rangoni ha sido dos veces feliz, y yo tres... ¡Ah!

RANGONI

En toda la ciudad no hay dos mujeres más deliciosamente lúbricas que vosotras, ni podría hallarse más graciosa conjunción de hermosuras, aun evocando la de las tres desnudas Gracias. ¡Muérame yo si Venus misma, maestra de amorosos ardides, pudo inventar más extraordinaria postura!

OCTAVIA

Poco a poco invade mis miembros una increíble lasitud que me embota el espíritu.

RANGONI

Ya reposarás, gloria mía, cuando me sacies de los frutos de tu belleza sobrenatural.

OCTAVIA

¡No, no! Temo que me mateis con vuestros

arrebatos. Me habeis tomado por un monstruo y no por una mujer.

TULIA

Nada habrás de lograr por más de que simules tan extremo cansancio. Ha sido decidido que cada uno de estos dos atletas te goce diez veces. No escaparás de sus brazos con menos.

OCTAVIA

¡Obrad más humanamente conmigo, héroes míos! ¡Obrad más humanamente, hércules míos! Como lleveis hasta el remate vuestra proeza, moriré.

TULIA

Quieras o no, esta noche acontecerá todo conforme está dispuesto.

OCTAVIA

¡Horror!

TULIA

Hasta ahora has mantenido tan sólo tres combates. Piensa que son nada menos que veinte los que habrás de librar. Únicamente un armisticio puede concedérsete.

RANGONI

¿Te acuerdas de Laura, Lampridio?

LAMPRIDIO

En el corazón tengo su dulce imagen unida con la gratitud hacia ti, a quien debo la ventura de que mi arado labrase su huerto.

TULIA

¿Hablas, Rangoni, de la hermosa muchacha cuyo goce procuraste a Lampridio? ¡Buena jugarreta le hiciste a tu inocente prima, convirtiendo su cuerpo en desacostumbrado regalo de amistad!

OCTAVIA

¡Por el placer que te haya dado, por el amor que haya podido encender en ti, te suplico, Rangoni, que me cuentes cómo sucedió el lance!

RANGONI

A Lampridio toca contarlo. En esa historia no pasé yo de ser su gufa y mozo de espuelas, que le llevó a la dicha. No me tocó mejor papel.

LAMPRIDIO

Hallábame yo en Roma, hacia el fin del oto-

ño, viviendo en casa de Rangoni. Me prendó Laura con el fuego de sus pícaros ojos, que bien pícaros eran, por muy pura y honesta que fuese la joven. Consumíame en su amor, mientras a su vez ella se moría por Rangoni. Éste advirtió la adoración que la muchacha le tenía y la que yo le tenía a la muchacha. Sobornó a la nodriza de la incauta doncella para que por la noche le introdujera en la alcoba virginal, y la nodriza se prestó a ejecutarlo con tal de que la enamorada consintiera. No hay que decir que consintió; Rangoni entonces me cedió su papel. Al llegar la hora convenida, envuelto en la absoluta oscuridad que reinaba en la casa, llamé sigilosamente a la puerta de la alcoba, y la nodriza me llevó de la mano al lecho de la hermosa. Muy cerca, en la estancia contigua, dormía la madre de Rangoni; Laura era hija de una hermana suya. La vieja criada nos advirtió que no era cosa de que anduviésemos en largos discursos, y que en todo caso hablásemos quedito, no fuera que lo oyese la señora. Hallé a la deliciosa adolescente descubierta en la cama y con cuidados indecibles me tumbé junto a ella, temeroso de que crujiera el lecho.

TULIA

¡Cuerto y juicioso ataque el que debió de soportar la joven esa noche! Lampridio aventaja a Catón en prudencia amorosa.

LAMPRIDIO

Gana tienes de risa. «Recuerda bien lo que te he dicho—insistió en advertir a la mozuela la nodriza—. Vas a gustar el amor de Rango ni; mas no lo lograrás sin algún dolorcillo pasajero; que, como dicen, al que algo quiere, algo le cuesta. No grites, sin embargo, ni exhales la más leve queja, porque pereceríamos todos si esto se descubriese. Y ahora, abraza a tu primo.» Monté a caballo, empuñóme el arma la vieja y con su mano la arrimó al reducto, y por la rota puerta penetró, como cosa de tres dedos de hondo, un pedazo de lanza.

OCTAVIA

¿Y qué hizo Laura al experimentar la acometida?

LAMPRIDIO

Me estrujaba contra su seno, me besaba insaciable y, cuando al cabo se sintió convertida en mujer, prorrumpió en tiernos y cálidos ge-

midos, como una tortolilla viuda. Pero héte aquí que de repente se presenta en la estancia la madre de Rangoni.

TULIA

¡Buen aprieto! Sin duda, vuestros irreprimibles estallidos de goce la habían despertado.

RANGONI

Así fué. ¡Qué sutil espíritu el tuyo para la malicia!

LAMPRIDIO

«¿Qué te sucede, Laura, para que estés quejándote?—le preguntó la venerable matrona—. ¿Estás sola?» «Estoy yo acompañándola»—replicó la nodriza—. «Se me apareció en sueños—dijo la niña—un horrendo fantasma y estuve a punto de caer de la cama por echar a correr.» «¿Tan joven te acometen ya esos delirios?—la interrogó dulcemente su tía—. Cálmate, inocentona; esas apariciones son patraña y no más.» «Yo vine apenas oí removerse a la niña»—añadió la criada, que con fingida solicitud y gran estrépito y desasosiego andaba de un lado a otro. Laura, temblando, me estrechaba contra sí en un tímido abrazo,

y me decía casi con el aliento: «¡Van a matarme, primo mío; pero nada me importa morir, siendo a tu lado!» Al fin la madre de Rangoni se marchó, y la ladina vieja me sacó a tientas del aposento, felizmente acabadas las inquietas y deliciosas nupcias que pudieron concluir en escándalo y llanto.

RANGONI

Laura, como tú, Octavia, posee un jugoso cuerpo, de apetitosos y redondeados senos, aunque ella no los tiene tan lindamente separados cual los tuyos. Diríase que los suyos se adoran uno al otro y se acercan para besarse.

TULIA

Esa aproximación de los pechos se presta a maravilla a una postura que desconoce Octavia; a un delicioso simulacro de apareamiento natural.

OCTAVIA

¿Un delicioso simulacro?

TULIA

Sí; luego lo practicarás. Piensa cuántos asaltos te esperan aún.

RANGONI

Ya Príapo manifiesta de nuevo su alegría;
pero quiero gozar por un camino nuevo.

TULIA

¿Nuevo? ¡Ah miserable, digno de la horca!
¡No harás tal villanía!

RANGONI

¡Por Subigo que todos los resquicios son
sexo en la mujer! Pero me expliqué mal; pensé
decir que apetecía una nueva forma de placer
por el mismo camino.

TULIA

Pues haz la figura del caballo de Héctor.
Apréstate, Octavia: ponte a horcajadas encima
de Rangoni, de espaldas a su faz. ¡Admirable-
mente lo ejecutas!... ¡Así!... Cabalga a tu albedrío...
¿Cómo? ¿Tan pronto desfalleceis los dos?... He aquí que
ahora es la antorcha de Lampridio la que se enciende para ti,
y tienes que apagarla si quieres enervarte de infinitas
dulzuras.

LAMPRIDIO

¿Otra vez huyes? ¿Te burlas de mi afán?

OCTAVIA

De corazón lo digo: me siento medio muerta. Cuida, Lampridio, no te manches yaciendo con un cadáver.

LAMPRIDIO

¡Voy a devolverte la vida con este verdadero caduceo de Mercurio, este inflamado cetro de Venus, este tronco de oro! ¡Miral! ¡Palpa! ¡Voy a darte el secreto de la inmortalidad!

OCTAVIA

Escucha... Escucha... Alguien golpea fuertemente la puerta. ¿Qué quiere decir esto? ¡Los dioses y las diosas tutelares del amor anonaden al sacrilego que viene a interrumpir el sin igual torneo!

LAMPRIDIO

Aumenta el ruido. Han entrado en la casa.

TULIA

Retiraos, retiraos. Id a recluir os en vuestro aposento, de manera que nadie sospeche de mis huéspedes.

RANGONI

Y vosotras, cerrad vuestro gineceo.

OCTAVIA

¡Adiós, Rangoni mío; adiós, Lampridio; luces de mis ojos! ¡Cuán dulce y deleitosamente me habeis asesinado!

TULIA

Nada tenemos que temer. Nuestros maridos están ausentes y yo he tomado las medidas precisas para que los criados no husmeen nada. Pero tal vez tendrás que renunciar a tus enamorados; tal vez mandó el gobernador que les llamasen. Ya le conoces: es un hombre afable, mundano, amigo de la buena vida hasta reirse de cuanto de él puedan decir. Tiene costumbre de pasarse las noches en claro, dado a los goces de la mesa o a los lances del juego, entre jóvenes caballeros por quienes siente estimación y cuya estimación quiere lograr. Sabiamente obra en ello; en verdad que no es digno de vivir quien no sabe vivir.

LAMPRIDIO

El gobernador quiere hablarnos. Nos ha enviado unos pajes a pedirnos que vayamos a verle, si ello no nos enoja.

RANGONI

¿Qué hacer? ¿Qué dices a esto, Tulia? ¿Qué nos aconsejas, Octavia?

TULIA

Forzoso es que vayais. Los altos personajes no tienen sino apetecer para mandar; sus caprichos son órdenes. Obedecedle, pues. Dame un beso, Lampridio.

OCTAVIA

Con vosotros se va toda mi alegría. Dame un beso, Rangoni, ¡oh mitad de mi alma!

LAMPRIDIO

¡Que Venus, protectora del himeneo, aparte de mí su mirada bienhechora si no preferiría morir a separarme de vosotras!

RANGONI

¡Mejor querría pasar aquí la noche que todos os días de mi vida con Júpiter, defensor de los príncipes!

TULIA

Ya se alejaron. La desdichada Octavia esperaba veinte pruebas de amor, y apenas gozó cuatro. ¡Para fiar en designios humanos!

OCTAVIA

No habrían podido mis entrañas soportar tal trabajo, en que las tuyas son infatigables. Tal vez habría llegado sana y salva hasta diez; pero más, no. Estas agitaciones me han espantado el sueño. Aunque quisiera, no conseguiría reposar. Hablemos, pues.

TULIA

¿Prefieres que Venus siga sonriéndote hasta el día bajo la forma de un coloquio libre y libidinoso?

OCTAVIA

Sí. Acaba de contarme tu aventura romana. He perdido la cuenta de los dardos que habían traspasado tu escudo cuando llegó Rangoni y cortó el hilo de tu narración, tan bella y sugestiva, únicamente ensombrecida por las prácticas torpes y hediondas de Fabricio y Luis, los viles libertinos enemigos del goce limpio y natural.

TULIA

Hay, sin embargo, quienes juzgan que tales gustos no son reprobables: que la puerta trasera de una mujer es parte de su cuerpo capaz

de ocasionar el deleite sensual como capaces son las manos, por ejemplo, y en usar de ella no hay mayor crimen que en pedir a las manos sus caricias. Empero para mí, digan lo que dijeren, la cosa es, si no infame, ridícula a lo menos.

OCTAVIA

Asquerosa y ridícula a la par la encuentro yo. ¿Qué goce puede haber en engañarse voluntariamente de sexo con sucio frenesí? ¿Quién, por poco que guarde el respeto debido a la criatura humana, no verá en ello una abominable abyección? El hombre que tan miserablemente abusa de una joven, mancha y profana la nobleza de un hermoso cuerpo. No acierto a comprender que semejante liviandad haya podido dominar a nuestros compatriotas.

TULIA

Los astrólogos, intérpretes del cielo, dicen que ello proviene de la maligna influencia de una constelación cuyos efluvios no esparcen esta peste con la misma violencia al otro lado de los Alpes. El español y el italiano son los pueblos que se deleitan más con este goce:

cuando lo logran con mujeres, lo llaman «colorario»; cuando lo tienen con los mozalbetes, «complacencia». Entre los oscos no era mirada como afrentosa tal pasión. Ya sabes si los griegos fueron gente exquisita y refinada: pues ellos adoraban a *Venus Calipígica*, es decir, *la de las bellas nalgas*, y otorgaron el premio de la gracia a las dos famosas hermanas calipígicas; lo que en ellas honraron no fué ni el brillo de sus ojos, ni la frescura de su tez, ni mucho menos la hermosura de la gruta de amor, sino sus bellas nalgas. En realidad, quien guste de unos torneados muslos, por fuerza ha de placerse en la contemplación de nalgas y caderas, donde los muslos tienen su raíz y origen.

OCTAVIA

Sí; son las nalgas cosa linda de ver y deliciosa de palpar, recreo de ojos y manos; pero a quien otros goces quiera buscar en ellas téngolo por terrible apestado que pudre el aire que respira.

TULIA

Mucho te indignas. No veo por qué se ha de

considerar ignominioso el simulacro del verdadero combate amoroso; simulacro que prueba lo que el flechero podrá hacer cuando lance su dardo sobre el auténtico enemigo.

OCTAVIA

¿Juzgas placentero ejercicio el ultraje que tú misma te has visto en trance de sufrir?

TULIA

¿Me negarás que Caviceo te hizo otro tanto? El rubor de que se ha cubierto tu rostro denuncia. ¿Qué tienes tú que echarme en cara, hipocrituela?

OCTAVIA

Una vez o dos, lo confieso, lo intentó Caviceo, mas no llegó a lograrlo. Después, jamás lo volvió a pretender.

TULIA

Pues eso cabalmente le aconteció a Calias conmigo, y todavía, para hacerle tener por más abrupto y escarpado el mal camino, aumenté su aspereza con mis imprecaciones. «Como a mujer me desposaste—díjele—y de una mujer fué de quien soñaste las caricias.

De mí esperabas obtener a la par tus hijos y tu goce, sin herir mi pudor ni hollar mi honestidad. Si quieres hijos, hazlos, cual diligente obrero, en esta fábrica del género humano; si quieres goces, búscalos en esta fuente de que mana toda la voluptuosidad que la traviesa Venus sazona con sus lúbricos espasmos. Acércate a esta fuente, encamina a ella tu corcel, y a fe que le verás andar contento y rápido y no se cansará, como ahora, en un esfuerzo inútil.» Calias se echó a reír. «Bien está—replicó—; le soltaré la brida, y váyase él por donde sepa y quiera pues que la méntula tiene sentido y albedrío.» Y así ocurrió: el corcel echó hacia la caballeriza cuya entrada ya conocía y se le brindaba abierta, y allí rindió, con gran contento de ambos, la fogosa carrera. En adelante, una vez apagado su extravío pasajero, jamás intentó Calias nada que pudiera enojarme ni manchase el decoro del lecho conyugal.

OCTAVIA

Puesto que hemos venido a parar en tan vil tema, te conjuro, prima, a decirme lo que de verdad pienses sobre esto. Refiéreme toda la

historia de tal extravagancia: cómo nació, cómo fué recibida entre los libertinos, cómo se puso en boga, de qué modo se explica que haya invadido ciertos pueblos y no pudiera penetrar en otros. A lo que yo imagino, esta azufrada llama fué vomitada por las cavernas de la Estigia para corromper con su luz lívida y pestilente los resplandores del amor honesto.

TULIA

Y piensas sanamente. He aquí lo sucedido. No tiene duda que todos los hombres están sujetos a iguales pasiones, formados de igual barro, hechos de igual manera y que, sin discrepancia, se sienten empujados de igual modo al placer. Y el supremo placer consiste para ellos en un punzante e invencible afán, no de procurar el deleite al cuerpo de otro, sino de conseguir del cuerpo de otro el propio goce. Sienten hasta el delirio la atracción de los órganos ajenos en que puedan lanzar entre torrentes de delicias la líquida semilla brotada de su medula y que cuando cae en nuestro surco femenino engendra un hombre. En tal emisión, como sabes, estriba toda la felicidad

que buscan en nosotras. Una vez seco el manantial de Venus, les hartan nuestras gracias y en nada tienen nuestros besos y dulzores: o bien se nos apartan ahítos o bien se quedan como cambiados en brutos o en piedras. Tal los que se atiborran de vino y de comida, no quieren ver la comida ni el vino.

A la verdad, los hombres nacen con manifiesta inclinación al amor femenino, y su viril impulso les lleva a apetecer el goce en estas partes con que mostramos que somos mujeres. La madre universal, Naturaleza, los guía sin duda alguna. ¡Naturaleza, que promete a los seres la inmortalidad en la unión de los sexos! Mas no todos los gérmenes elaborados en las entrañas de varones y hembras están reservados necesariamente a la generación; tal es, al menos, la opinión de gente docta. La Naturaleza ha querido que sucediera en esto lo que en plantas y árboles. Estudia, por ejemplo, el trigo: una porción sirve a los animales de alimento y la consumen ellos; otra se emplea para las sementeras; cuando los mortales dejaron de comer el recio fruto de la encina, Ceres les enseñó a elaborar el pan con trigo y

el pan se llamó así porque se trazaba sobre él la imagen del dios Pan. De otros granos que el hombre no aprovecha ni quiere, la Naturaleza hace caer unos por tierra, para que de ellos se originen nuevos brotes, y deja, indiferente, que los demás se pierdan. Así, según Sócrates y Platón, pasa con la semilla de donde el hombre nace, y sería necio creer que la Naturaleza manda que toda se destine a la fecundación. El cuerpo femenino, Octavia, tiene ciertos conductos por donde se expelen de la vulva el semen cuando estamos encintas; tales conductos no serían menester si todo el jugo genital debiera aprovecharse. ¿Quién duda que los hombres se pueden procurar, si ello les place, un goce solitario, y verter su licor? Y, en fin, cuando nuestras matrices se levantan hinchadas de semilla prolífica; cuando se llega al sexto, al octavo, al noveno mes del embarazo; más todavía, cuando, rendidas y desfallecientes, sentimos que ya va a sonar la hora del parto, aún no se abstienen nuestros maridos de pedirnos el conyugal tributo, y en verdad que tienen derecho a pedirnoslo. En tal sazón, en tal estado, ¿cabe esperanza de pro-

curar a la hembra una nueva preñez? Sería locura creerlo.

Por todo esto que digo, un goce que tal vez fué a los comienzos fruto de la intemperancia de algunos exaltados, vino a parar en ser lote común de ciertos pueblos, y los hombres tomaban sus mujeres con el designio único de sembrar hijos en su campo, y en modo alguno por amor; así como las empuñaban, dábanlas por malditas, huían su trato, las relegaban al rincón más oculto del hogar, y no las creían dignas ni de sus besos ni de sus miradas. Ser madres era para tales cuitadas causa de afrenta y reprobación. Entre los monarcas del Asia, teníase a nuestro sexo punto menos que por objeto de disgusto y de asco: Bagoas hacía las delicias de Darío y hasta llegó a inflamar en su amor a Alejandro; y como es claro que los pueblos se moldean en el ejemplo que les brindan sus príncipes, todos ardían en igual frenesí: la plebe, los magnates y los reyes. Esta depravación ocasionó la muerte de Filipo, rey de Macedonia, que cayó a manos de Pausanias, a quien había violado. Por tal pasión se prostituyó al rey Nicodemo Julio César,

mujer de todos los maridos y marido de todas las mujeres. Augusto no escapó tampoco a esta deshonra. Tiberio y Nerón se enorgullecían de ella: Nerón tomó solemnemente por *esposa* a Tigelino y tomó luego con igual pompa por *esposo* a Sporo. Célebre es el *pædagogium* que en su cortejo llevaba Trajano, el mejor de los príncipes, cuando recorría el Oriente de victoria en victoria; y aquello que denominaba el *pædagogium* era un tropel de bellos mozalbetes a quien día y noche llamaba a sus brazos. Antínoo servía de concubina a Adriano: rivalizó con la hermosa Plotina en el favor cesáreo, y pudo más que ella; el emperador lloró a mares por su muerte, le puso entre los dioses y erigió templos a su amada memoria. Antonino Heliogábalo, sobrino de Severo, gustaba, según frase de un viejo historiador, de hacerse administrar el placer por todos los resquicios de su cuerpo y sus contemporáneos le miraban como un monstruo...

Ante esta abyecta transformación masculina de Venus danzó la gravedad de la austera filosofía, mezclada al coro de los pederastas. Alcibiades y Fedón yacían con Sócrates cuando

querfan tener de buen humor al maestro; de la clase de amores de aquel venerable varón sacó su origen el término erótico de «amarse con amor socrático». Todas las acciones de Sócrates y todas las palabras eran sagradas entre las diferentes sectas de filósofos; sus acciones tenían fuerza de ley; sus palabras, autoridad de oráculo; se le edificó un templo y se le consagró un altar; no ha de maravillarnos, pues, que el pueblo se envaneciera de seguir las trazas de aquel hombre que había sido elevado a la alcurnia de los héroes. Siglos antes de Sócrates, Licurgo, legislador lacedemonio, negaba el título de ciudadano honrado y útil a quien no tuviese un amigo como amante; disponía que las vírgenes se mostrasen desnudas en el teatro, para que la contemplación de su belleza libre de todo velo embotase en los hombres el sensual apetito que, por instinto natural, les lleva hacia las hembras, y así guardasen todos sus ardores para sus viles compañeros de vicio, porque bien sabes que lo que a cada hora se ve no hiere los sentidos.

¿Y qué habré de decirte de los poetas? Anacreonte se abrasaba por Batilo. La mayoría de

las chanzas de Plauto aluden a ese tema; son de esta guisa: *Haré como los mozalbetes: me pondré en popa, con la cabeza apoyada en un cesto; o ya: ¿Venfa bien a tu vaina el puñal del soldado?* Virgilio Marón, el supremo maestro de arte poética, que a su ingenuidad y dulzura debió el apelativo de *Parthenius* (la virgen), se consumía por un cierto Alejandro que le había regalado Polión, y a quien cantó bajo el nombre de Alexis. Ovidio adoleció de idéntica flaqueza; bien es verdad que prefería a los mozos las mujeres, porque más le satisfacía el goce recíproco que la egoísta voluptuosidad. *Quiero—decía—el placer que eyacula por una y otra parte.* Así le tentó menos el amor masculino.

Doncellas y casadas, viendo que amantes y maridos no echaban cuenta en ellas si no servían más que como mujeres, prestáronse a desempeñar el papel de garzones. La depravación llegó al punto de que en la primera noche nupcial se lograba de las recién casadas la infame complacencia, como un legítimo tributo. De tal manera iba el marido al goce del varón por el cuerpo de la hembra, y los dos sexos se

reunían en uno. En las poesías jocosas de los antiguos amenazaba Prápo a quien se aproximase a su venablo con que le forzaría a concederle *lo que la virgen da al ardiente esposo en la noche de bodas, cuando la infeliz teme ser herida por delante*. Usando del derecho a fantasear, común a los pintores y a los poetas, finge Marcial que oye a su mujer murmurar que también ella tiene nalgas, para apartarle del amor insensato de los mozos. *También por este lado* — dice — *solaza Juno a Júpiter*. El poeta no se deja convencer; responde que uno es el oficio del mozo y otro el de la mujer, y que ella habrá de contentarse con el suyo.

Bajo la muestra y el farol sentábanse a la puerta del lupanar muchachos y muchachas, ataviados aquéllos con prendas femeninas debajo de la estola; vestidas éstas con arreos de hombre debajo de la túnica, y con la cabellera aderezada al uso de los jóvenes. Tras las apariencias de un sexo se daba con el otro. *Toda carne había corrompido su camino*. Ganimedes y Juno brindan por turno a Júpiter sus blancas posaderas y cada cual hace valer el

tesoro de su grupa; los impostores que divulgan tales fábulas no han de temer verse acusados de hollar la religión; por necesidad o por libertinaje admite el pueblo tamaña embustería y los simples mortales siguen la ruta en que los dioses les preceden: Júpiter buscando su ventura en Ganimedes, Apolo en Jacinto, Hércules en Hylas... *¿Quién no tiene su Hylas,* puesto que es Júpiter dios de la majestad, Apolo de las ciencias, Hércules del valor?

El Asia fué el primer hogar de semejante pestilencia; no escapó de ella el África y, por contagio se extendió el azote a Grecia y a las regiones europeas cercanas. Orfeo importó y amparó en Tracia este sucio placer, y las mujeres de Cicones, *viéndose desdeñadas en las fiestas de los dioses y en las orgías del nocturno Baco, descuartizaron a un femenil mancebo y esparcieron sus miembros por las vastas campiñas.* Cuéntase que en aquella remota edad los celtas hacían blanco del general desprecio a quienes se guardaban de esta depravación: los tales no podían optar ni a empleos ni a honores; los que mantenían la pureza de costumbres eran señalados y huídos

como impuros. ¡Terrible cosa es ser el único juicioso en la demencia de toda una ciudad!

OCTAVIA

¿Qué hombre, por muy elocuente que fuese, sobrepujaría tu elocuencia? ¡Con qué maravillosa claridad y qué ingenio te explicas!

TULIA

En el nombre de celtas no solamente se comprendía a los pueblos que habitaban la Galia Trasalpina, sino también a todas las naciones del Occidente, en cuyo número se cuentan italianos y españoles. No obstante, entre todos los hombres, se señalaron siempre los franceses por abominar del placer contra natura; a quien se mancha en él lo purifican en vengadoras llamas, pensando que ni el hacha del verdugo es bastante para satisfacer al pudor ultrajado. De esto se pasman italianos y españoles. No hay que decir de las razas sujetas al yugo mahometano: para ellas, los franceses y las gentes del Norte tienen cerrados los sentidos al placer y no saben de voluptuosidades. Pero, en verdad, después de todo cuanto has oído, aún pudiera decirte que en cierto modo

somos nosotras mismas, las mujeres, las involuntarias culpables de que el hombre desvíe así su apetito y busque en otra senda el deleite que apenas puede gozar en nuestro sexo entera y plenamente.

OCTAVIA

No acierto a comprenderlo.

TULIA

Pues ahora lo comprenderás. Las italianas y españolas tenemos mucho más abierto el camino de Venus que las demás mujeres; con nosotras, a menos de gastar desmesuradas armas, duda el varón si está haciendo el amor o si es que se ejercita en lanzar una flecha a través de un ancho pórtico; cuando la gruta acoge demasiado holgadamente al visitante, amengua su ventura; la méntula apetece que la estrujen y expriman; si se puede pasear aquí y allá, no está contenta. Ahora bien, cuando toma la puerta posterior, el lance es más difícil para el viajero que va en busca de aventuras; cuando penetra allí, no solamente llena todo el alojamiento, sino que le hace retemblar; el estadio no tiene más amplitud de la que el corre-

dor desea; la hospedería se acomoda a su huésped; los músculos se aprietan o distienden a plena voluntad. A la vulva, al contrario, una vez que se ha abierto y transformado en un horrendo golfo, ninguna industria, ningún arte ni movimiento ni postura de la mujer, para vergüenza de la unión de los sexos, podrá ya reducirle su negra inmensidad. Así son tantos en nuestras tierras los que se dan al placer depravado y son, en cambio, tan escasos entre los franceses y los alemanes. Y es que en las mujeres del Norte no pasa eso; tienen todos sus miembros como apretados y encogidos por el frío, y los hombres, hallando en el legítimo comercio todo el goce deseable, ¿qué pueden pedir más de lo que se les da al alcance de la mano? Lo mismo, entre nosotros, quienes están pródigamente armados, ricamente provistos, no apetecen jamás, ni como agentes ni como pacientes, el placer contra natura. He aquí, primica mía, lo que querías saber.

OCTAVIA

Pero no me declaras si apruebas ese gusto o abominas de él como yo.

TULIA

Loca sería si lo aprobara. Aun cuando nada dijese la tierra, la voz tonante de los cielos lo condena. Luciano ha disertado sutilmente sobre una y otra Venus; no rechaza ninguna de las dos y es imposible adivinar la que prefiere. Aquiles Tacio, en *Clitofón*, veló de igual manera su opinión con un lenguaje ambiguo. Ambos eran griegos. Entre los autores latinos, nadie hizo ora la execración ora la apología. Por lo que a mí me toca, te diré mi verdad sin socrática disimulación: la Venus posterior es digna de todos los suplicios y de todas las abominaciones. Los deseos de un sexo se inclinan naturalmente al otro; el hombre que sacia su lujuria en un mozo, fuerza la propensión natural. Cupido inspira el amor; ¿quién osó nunca abusar de Cupido? No cabe concebir que se prestara a ser víctima ni verdugo en la infame suciedad. Tan pronto como el amoroso ardor principia a bullir en las venas, los adolescentes presienten que en los brazos de una hembra es donde se podrá calmar la tempestad de fuego. Es la muchacha quien inflama al mancebo al llegar a la pubertad, y es el man-

cebo quien enciende a la muchacha; ambos son presa de sus mutuos deseos; tal es el ordinario curso del amor. Las flechas que clava Eros en un corazón joven están templadas en la parte adversa; para que las dispare hacia otro lado se han menester la reflexión y una dilatada experiencia de la vida. No es la naturaleza, es la corrupción de costumbres quien sopla estos furros en las almas podridas. Si el lado nefando estuviese destinado al uso que de él se hace, podría el nervio lascivo entrar en él sin violencia ni riesgo para los dados a tal extravío. A una mozuela puede desflorarse la cuando apenas es púber, y la primera arremetida le produce sin duda un agudo dolor; pero a las pocas horas este dolor se calma, y presto viene a sustituirlo la deliciosa revelación de la sensualidad. Otro carácter más cruento y más triste toma el lance si la joven o el joven son violados al modo de Sodoma. Al sufrimiento insoportable de la desfloración siguen, si el pico que abrió el hoyo era grueso y forzado, enfermedades vergonzosas que todo el arte de Esculapio no tendría poder de curar. Como los ligamentos de los músculos

se han roto, sucede que los excrementos se escapan, sin poder contenerlos. ¿Hay nada más hediondo? Yo conocí nobles matronas agobiadas con tan horrendos males, con la erupción y la pululación de úlceras repugnantes, que solamente al cabo de dos años o tres se vieron sanas, a fuerza de fuerzas. Yo misma no escapé sin daño de los brazos malditos de Fabricio y de Luis. Primeramente, al clavarme sus dardos me infligieron un terrible suplicio; luego, aun en medio de la bárbara inmolación, me consoló un instante la liviana apariencia de un pasajero goce; pero cuando hube tornado a casa, nuevamente me dieron que sufrir, y más acerbamente, las sacudidas de mis carnes desgarradas. Me sentía consumida por una desazón que me abrasaba y, a pesar de la amable solitud de la señora Orsini, Dios y ayuda costó que recobrase la salud. Hubiera miserablemente perecido si llego a descuidar las malditas lesiones. Por lo que a ti respecta, Octavia, tan débil y tan tierna, tempranamente ofrendada al amor, y que, no obstante, en la natural vía has quebrantado los esfuerzos de las lanzas más duras y más gruesas casi sin

destrimento ni estrago de tu sér, tiemblo al pensar lo que te hubiera acontecido si las descomunales catapultas de Caviceo o Lampridio hubieran descargado el golpe en otra parte de tu cuerpo divino.

A mí no me hacen mella los argumentos que los pederastas, los mozos libertinos, los estragados viejos, los enemigos del género humano, sacan, para defender su pleito, de la naturaleza de las cosas, de las costumbres de los pueblos antiguos y de la gloria y la sabiduría de algunos hombres.

Nadie que rectamente piense se podrá persuadir de que la voluntaria pérdida de la semilla humana esté limpia de infamia y de que no sea un crimen anonadar a un hombre. Quien vierte su semilla en parte diferente del surco femenino, aniquila a quien pudo ser procreado. Es adúltero y homicida. Rehusar la vida a un sér es igual que quitársela. Cuando elabora la Naturaleza en sus fábricas recónditas los gérmenes humanos, trabaja para la generación; no para un goce asqueroso y estéril. Si hay goce en el momento semidivino en que el varón engendra y en que la hembra concibe,

es porque la Naturaleza quiso que, al caer uno en brazos del otro, la hembra olvidase el miedo al dolor de parir y el varón olvidase los afanes de mantener la prole, que los apartarían de la función creadora si no tuviera la sazón deliciosa de un inefable estremecimiento de placer. Pero — se dice —, ¿quién negará que es semilla perdida la que se arroja al surco de una mujer preñada? ¡Impostura! Los galenos advierten que una mujer encinta puede concebir un nuevo embrión si se yace con ella. Siempre que una mujer que ha echado un hijo al mundo es nuevamente, a los pocos días, madre en un segundo parto, fué porque se obró en ella el natural y explicable fenómeno que llaman los físicos superfetación. ¿Quién no dejará, pues, a la Naturaleza, obrera omnipotente, la tarea de gastar la materia con que tan hábilmente trabaja cada día? ¿Quién no se confiará a ella?

Por lo que toca al trigo y cosas semejantes, éstas no son semillas, como pretenden los engañabobos que tal sostienen, sino frutos perfectos, que en sí contienen su simiente con la virtud y facultad para reproducirlos. El toro,

el jabalí y el gallo son, de igual manera, animales de una absoluta perfección, cada cual en su especie. ¿Quién será osado de decir que es un crimen comerlos porque también llevan en los testículos, para perpetuar las razas, los gérmenes vitales? Nutrirse de esos animales no es ultrajar a la Naturaleza, y, por razón análoga, ninguna secta filosófica vió inconveniente en consumir el trigo y los restantes frutos que brinda la tierra.

OCTAVIA

Bien lo has hablado. Pero en tu contra sigue en pie que esa que tratas fué costumbre que sancionó un largo uso, y varones ilustres de diferentes tiempos la han seguido.

TULIA

El curso entero de los siglos no puede hacer que las malas costumbres alcancen el respeto que a las buenas se debe. Desde que el mundo es mundo se ha cometido toda suerte de crímenes, de parricidios, de latrocinios, de envenenamientos. ¿Quién, sin embargo, se atrevería a alabarlos o a enorgullecerse de ellos? Villas y ciudades han sido devasta-

das por fieras epidemias; familias y familias perecieron. ¿Y quién, no obstante, negará que la peste es un mal, bajo el pretexto de que, desde el origen más remoto de la vida hasta nuestros días mismos, siempre hubo estos azotes? De las cosas es menester juzgar por lo que son en sí, no por sus accidentes.

Y así como ninguna duración disminuye la infamia, así también la gloria de los más grandes hombres no atenúa el oprobio. Aunque resplandecían de luz sobre las cumbres, ensombrecieron estas nubes sus figuras y su depravación los derrocó, en cierta manera, de la gloria en que estaban. Pero tal mancha no ha alcanzado a todos los cultivadores insignes del arte y de la ciencia, predilectos hijos de la Fama: la gran mayoría se mantuvo indemne del contagio; no lo dudes. En no pocas comarcas hizo estragos esta depravación; pero aun dentro de ellas, grandes masas de gente, así nobles como plebeyos, todas las clases de la sociedad, guardaron su decoro inaccesible a tal azote y su nombre limpio de tales liviandades. Vuelvo a decírtelo: si has de juzgar equitativamente y sabiamente, mira las cosas

por lo que son en sí y de ningún modo por sus accidentes.

OCTAVIA

Después de oír tu sentencia, ya no me extraña que el mal gesto de La Tour cuando se mostró hostil a esta depravación hallara gracia ante los ojos de una mujer tan honrada y juiciosa como tú.

TULIA

El calor de la conversación me hizo cortar una vez más aquel relato. Lo reanudaré, picaresca, puesto que me lo adviertes. La Tour volvió a mis brazos no bien se habían marchado Fabricio y Luis después de realizada la proeza sodomítica. «¡De qué magnánima indulgencia has dado pruebas, diosa mía—me dijo—, dejando a esos hombres manchar tu cuerpo delicioso y abusar de tu celestial belleza! ¿Quieres que vaya a enderezar el entuerto hecho a tu nobleza y hermosura? ¿Quieres, mi diosa, porque para mí siempre has de ser una diosa, que con mi vengadora mano los inmolé a los dos en tu altar?» «No harás tal cosa—repliqué—. Sabía a qué ley me sometía al ve-

nir a esta palestra. Han usado de su derecho. Pero agradezco tu actitud generosa; tanto más ardientemente te amo cuanto a ellos más los odio.» Diciendo así, le estampé en los labios un beso que se diría que Venus misma había impregnado de sus más lascivas seducciones. Sin más tardar, me asió con cada mano un pecho. «Mira, señora—prorrumpió—cómo disparo contra ti el venablo que te dará, en vez de la muerte, toda la ventura que puedas desear. Hazme tú misma la merced de guiar la ciega méntula por esa oscura senda, para que no se descarríe; que yo no quiero separar mis manos de donde están posadas y robarles la dicha de que disfrutan.» Hice cuanto él mandó. Te digo con verdad que el deleite es cien veces más vivo en los brazos de un hombre que te gusta que en los de todos los demás, por arrogantes y lascivos que sean. Al punto me sentí desfallecer, y, como había sido atacada estando en pie, me faltó bien poco para desplomarme. «¡Detente—le pedí—, detente; que el alma se me va!» «Ya sé por dónde—respondió él sonriendo—. Sin duda intenta huirse por esta puerta inferior que yo ocupo;

pero la tengo más que bien atrancada.» Y en tanto que me hablaba, esforzábame, reteniendo el aliento, en meterse dentro de mí. «Voy a hacer que se vuelva atrás el alma fugitiva»— agregó—. Y no pudiendo desleír en mí todo su cuerpo, le transfundía al menos todas sus pasiones, todas sus ansias, todas sus lascivias, todos sus pensamientos, todo su espíritu en delirio, con los frenéticos abrazos que me daba. Yo enlacé sus carnes ardientes con las temblorosas cadenas de mis brazos, de suerte que me ví colgada de su cuello yalzada de la tierra, y así pendía como sujeta a él por un clavo, que era la vigorosa méntula. Recreábase La Tour en retardar el supremo momento, y yo, sin fuerza ni paciencia para esperar más, rendí al fin mi albedrío. No pude reprimir un grito delirante: «¡La Tour, La Tour— le dije—, siento que me llevas al cielo!» «¡No; no abandones a los míseros mortales— gritó al punto Conrado el tudesco, que nos oía tras el tapiz— sin ofrecer a tu Conrado el don de tus encantos! ¡Admítelo a participar de tu felicidad y tu inmortalidad!» En tal momento, La Tour, a quien de igual modo mi voz que la

graciosa imprecación de su cofradé excitaban a la voluptuosidad, se desmayó en mis brazos. La yedra no se enlaza al nogal con la fuerza con que yo ceñía el recio tronco del galante francés. Apenas despachó éste, cuando héte allí a Conrado, que, lanza en ristre, me decía: «¿Querías tenerme toda la vida ahí fuera desesperado de esperar? Esos empecatados florentinos se marcharon y me dejaron solo. No sé adónde los habrá llevado su mal demonio tutelar.»

OCTAVIA

¡A la horca debió llevarlos a ambos! ¡Al tormento, ya que te habían atormentado a ti con su sucia pasión!

TULIA

Cansados y ahítos, habían ido a pasearse en un cercano bosque donde verdeaban las encinas y los tilos, para reanimar con el aire del campo sus fuerzas agotadas. Conrado, que me halló desplomada en el lecho, me habló de esta manera: «Soy alemán y execro la picardía que te han hecho esos truhanes. Vas a ver que no cedo en empuje ni en fuego al va-

liente La Tour; pero dime tú misma, si así te place, con qué postura y aderezo prefieres el amoroso encuentro... ¿Nada dispones? Yo, en efecto, callaba. El alemán, en son de guerra, se adelantó hacia mí.

OCTAVIA

¡No había, pues, tregua; no te daban reposo! Como a herofna de un hercúleo valor, te mandaba Conrado, si no he contado mal, que acometieras un décimocuarto trabajo, digno de compararse a los de Hércules mismo.

TULIA

Conrado, sin placorme sobremanera, no me disgustaba tampoco. Ni otorgué ni rehusé. Se despachó a su antojo, como con una hembra dormida, porque no tuve aliento ni aun para responder a sus incitaciones. Mi cuerpo yacía inerte, cual acusando a aquel mancebo, tan joven y tan sano, de infiltrarle con sus acometidas la fatiga, el dolor, la vejez y la muerte. Al alemán se le antojó poner en el apareamiento una ingeniosa variación: metióme el muslo izquierdo entre los míos y me echó el otro sobre una cadera, y en tal conformación remató ágil

y prontamente el lance. Inútil es que siga refiriéndote escenas siempre semejantes las unas a las otras.

OCTAVIA

Me parece estar viendo a Fabricio y Luis volver a tu presencia, con falsa contricción, a demandar clemencia por su desaguisado y a rendirte, del modo propio de hombres de verdad, el desagravio y homenaje de sus armas viriles.

TULIA

Así pasó, en efecto. Como quisiera darte más pormenores, jamás acabaría. Conrado me gozó seis veces; Luis y Fabricio, cinco el primero y siete el otro; La Tour, siete también. Sostuve, pues, veinticinco combates; todos juzgaron que tenía más que merecido que Venus me cifiera a la frente una corona de laurel por haber mantenido tan larga y esforzada-mente la épica lucha. Claro es que al salir de ella, apenas si podía tenerme en pie. ¡Pero salí con vida, que era lo mismo que salir victoriosa!

OCTAVIA

Cansada de los hombres, sin duda; pero no harta.

TULIA

Cansada y harta. La Tour, que había sido el primero en trabar la contienda, fué quien le puso fin, y a él, a petición mía, se le otorgó el anillo que era premio del torneo. Y también obtuvo el campeón que le revelara mi nombre y mi vivienda y le permitiera ir a verme, como lo hizo a menudo, galán y discreto. Mas tal desgana me quedó, que apenas si durante tres meses mortales consentí alguna vez en abrirle los brazos; y ello tan sólo por compasión de aquel hombre tan joven, tan fuerte y tan gallardo, que se deshacía en ruegos y en lágrimas y en protestas de amor.

OCTAVIA

¿Y cómo esa desgana?

TULIA

El lago que formó en mi vulva la lluvia genital me distendió los músculos de manera que durante mucho tiempo ninguna idea libidinosa

me asaltaba. Dejé, según te digo, al buen enamorado, viéndole consumir la fresca lozanía de su fragante juventud, que saciara en mí su pasión, sin que ella, como conmovió mi corazón, también pudiera conmover mis entrañas. Pero, sana por fin de aquel carnal empacho, me resarcí con mi La Tour de la cruel abstinencia. Ya te diré algún día, cuando tengamos más vagar, el goce que nos dimos durante un año entero. Oirás muy lindas cosas y me tendrás envidia; oirás también muy tristes cosas, que despertarán tu piedad y tu dolor. ¡La Tour, Octavia, me fué arrebatado por el despecho pérfido de Luis! ¡Ay! ¡Aquel maldito maquinó y logró su muerte! ¿Por qué me dejó a mí la vida?

OCTAVIA

Cálmate y pasa de ese negro recuerdo a recuerdos más gratos. Dime, Tulia: ¿hay, fuera de los que tú has probado, otros modos de amarse? ¡Oh, madre Venus, en qué varias y seductoras figuras te muestras para placer a los pobres mortales!

TULIA

Tantas como inflexiones y actitudes puede tener el cuerpo, tantas son las posturas con que nos brinda Venus. No cabe reducirlas a cifra ni decidir cuál es mejor. Cada uno sigue en esto la inclinación de su capricho, de la ocasión o del lugar, y elige a su albedrío. Cada uno toma a su arbitrio el amor. La famosa Elefantís, ilustre hetera griega, pintó en unas libidinosas tablas las maneras más usuales entre los libertinos, *para que se hiciera la cosa conforme a las pinturas*. Otra compuso la descripción de los doce modos preferibles de lograr el deleite, y a este tratado se le llamó *Dodekamekanon*. En nuestros días un hombre de divino ingenio, Pedro Aretino, ha descrito un gran número de ellos en sus *Diálogos*, con satírico donaire. El Tiziano y el Carracchio, artistas soberanos, los han reproducido por medio del pincel. Pero hay otras muchísimas que concibe la mente y que no sólo no se podría ni explicar ni pintar, pero ni aun practicarlas aunque los músculos de quien esto intentase fuesen más ágiles que todo cuanto quepa imaginar. Nada hay inaccesible al sueño

erótico de una exaltada fantasía lujuriosa: llega hasta donde quiere, y encuentra fáciles y llanos todos los caminos. Pero no es dado al cuerpo moldearse a cuanto el pensamiento nos sugiere.

OCTAVIA

Tal vez no hay más que una postura propia de Venus, como Venus es única. Tal vez las otras que hombres y mujeres han inventado en el frenesí de sus ansias de placer, son criminales y dañinas.

TULIA

Hay quien afirma que la sola cópula prescrita por la Naturaleza es aquella en que para el apareamiento se brinda la mujer, como entre los cuadrúpedos, puesta sobre piernas y brazos, doblada la cerviz y con la grupa alzada; la reja del arado penetra así más fácilmente en el femenino surco y cae mejor la oleada de semilla en el campo genital. *Es opinión común que en la actitud de los cuadrúpedos se empuñan más favorablemente las mujeres, porque los órganos absorben con mayor eficacia el germen estando el torso doblegado y en alto*

los riñones. *De ninguna manera convienen a la esposa los lascivos meneos, porque la hembra que, refocilándose, aviva con las nalgas el placer del marido, saca de quicio el cuerpo, y así desvía del surco y del recto camino la reja del arado y aparta de su objeto el lanzamiento del jugo vital. Las meretrices, por lo que les va en ello, usan de tales estremecimientos temiendo verse inflar el vientre y padecer el parto y queriendo a la par que se acreciente el disfrute del hombre. Pero a las esposas de ningún modo parece que les sea esto necesario**. Muchos prescriben el común uso y la ordinaria postura: quieren que el hombre se tienda sobre la mujer echada boca arriba, seno contra seno, vientre contra vientre, pubis contra pubis, hendiendo con su rígido venablo la raja delicada. Unos ordenan a la mujer ejecutar movimientos violentos mientras es poseída; otros lo vedan. Cada sistema tiene su pro y su contra. Pero los físicos proscriben la figura en que la mujer se acomoda a horcajadas sobre el hombre; esta actitud es, según

* Lucrecio, *De rerum natura*, v. 1.253 y siguientes.

ellos, contraria a la conformación de los dos sexos. Yo, Octavia, apruebo, por encima de todo, el uso general.

OCTAVIA

No se concibe aprobar otro. Porque dime, si no, ¿qué cosa puede haber más dulce para una hembra que brindarse acostada sobre el dorso, soportando el fardo gentil de un adorado cuerpo y excitándole a los fieros transportes de una anhelante y deliciosa voluptuosidad? ¿Qué puede haber más grato que aparentarse con el rostro de su amante, con sus suspiros, con sus baluceos, con el relampaguear de su mirada? ¿Qué mejor que sentir la regalada y tibia caricia de su aliento, y compartir los efluvios magníficos de la salud y de la juventud? ¿Qué más propicia excitación al común goce que la ansiosa opresión cara a cara recibida y devuelta? ¿Ni qué más oportuno, en el momento en que se expira de placer, que resucitar con el bálsamo vivificante de un inflamado beso? El que se huelga con Venus a tuerzas, no satisface más que uno de sus sentidos; quien la goza a derechas, los satisface todos.

TULIA

En esto, Octavia, acaece lo que comunmente en las cosas de la vida, a consecuencia del continuado goce, ocurre a los felices. Como si se sintieran ahitos de los bienes de que les colmó el cielo, verás que, despreciando a las castas esposas, de divina hermosura, se van en pos de las más viles meretrices y se hunden con delicia en el más sucio amor. Hartos y asqueados de los ricos manjares de un suntuoso festín, desdeñando el falerno y los finos bocados, se abotargan de vino agrio y de pan duro cual si estuviesen muertos de hambre y de sed. Lo que no tenemos es lo que nos seduce y siempre ansiamos la fruta prohibida.

Pero he aquí que, mientras tú te recreabas y yo hablaba, se nos ha ido toda la noche en claro. Pronto nos hemos de levantar. A ambas nos caerá bien un poco de descanso. Reposa, pues, primica, tan placenteramente como placentera ha sido la velada. ¡Venus te dé un buen sueño!

Y AQUÍ CONCLUYE EL SEXTO Y ÚLTIMO COLOQUIO
DE «LA ACADEMIA DE LAS DAMAS»

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Frontispicio.—El impudor. (Grabado holandés del siglo xvii).....	4
Anteportada	5
Detalle de la tirada	6
Portada	7
El cinturón de castidad. (Caricatura antigua).....	9
COLOQUIO QUINTO: Historias de lascivia. (Continuación).....	11
COLOQUIO SEXTO: Figuras y maneras.	80

INDICE

Acabóse

*la estampación de este segundo tomo
de «La Academia de las Damas»
en Madrid, en la Imprenta Americana,
a treinta y un días del mes de diciembre
de mil novecientos diecisiete
años.*



CANCIONERO DE AMOR Y DE RISA

En que van juntas las más alegres, libres y curiosas poesías eróticas del
parnaso español, muchas jamás impresas hasta ahora
y las restantes publicadas en rarísimos libros.

COMPILACIÓN FORMADA

POR

JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO

Ya en cartapacios sepultados bajo el polvo de librerías y archivos públicos y privados, ya en volúmenes vergonzantes puestos de tapadillo en el rincón que aspaventosamente se llama *infierno* en las bibliotecas, yace un tesoro de arte literario procaz, desvergonzado, rudo, agrio, pero de un enorme valor documental para la historia de costumbres e ideas en la tierra española, y, sobre todo, de un valor inmenso como venero de alegría sana y fuerte, de risa abierta y franca, de donaire bendito.

¿Por qué ha de ser distracción inocente ver en nuestras novelas picarescas la relación jocosa de una pendencia o robo en que un hombre faltó a la Ley de Dios, y sólo el sexto mandamiento de ella ha de tenernos mudos para el habla y la risa? Gente de iglesia ha sido mucha de la que nos legó en siglos austeros el caudal amplio de la poesía licenciosa burlesca, y es tradición que los curas de aldea no cedan a ningún cristiano en el donaire para contar un chascarrillo verde. Así, creyendo no ofender al cielo y alegrar un poco la tierra, hemos hecho este libro que, a la manera antigua, llamamos **Cancionero**.

Sin escamotear a nuestros suscriptores la lectura con los inútiles espacios blancos hoy en moda, lo hemos llenado de un compacto texto en que se incluyen sesenta y

tres composiciones deliciosas, alguna de las cuales toca a las treinta páginas; son la primavera y la flor de la española Musa erótico-sáfrica: versos, por ejemplo, no incluidos, por mal entendido rubor, en la única edición del *Cancionero de Baena*; el famoso *Pleito del manto*, obra tantas veces mentada y comentada por graves eruditos; fragmentos de las graciosísimas *Coplas de las comadres*, donde,



con la indeleble traza de un agua-fuerte, vive la imagen de la bruja vieja, conjuradora, «hacedora de virgos»...

Nada dará idea más exacta de la obra que un extenso extracto de su índice. A continuación pueden verlo los curiosos lectores:

Alfonso Alvarez de Villasandino: Decir a manera de difamación contra una dueña.

Antón de Montoro: Esta es una obra que se dice *Pleito del manto*, la cual se comenzó sobre una pregunta en que hubo respuesta y replicatos, de manera que se hizo un proceso con sentencia y apelaciones.

Rodrigo de Reinosa: Fragmentos de las Coplas de las Comadres.—Coplas de la china gala.—Romance de una gentil dama y un rústico pastor.

Sebastián de Horozco: Cuento donoso de un bigardo, una dama y un lagarto.—A una dama que deseaba empreñarse.—Reprende a un viejo porque se casó con una muchacha.—Contra la multitud de las malas mujeres.

Góngora: ¿Qué es cosa y cosa?—El juguete.—Soy toquera.—Dulce congoja.

Quevedo: Virtud y necesidad.—Capón que quiere agradecer damas.—Epitafio a una dueña.—Mentira y desvergüenza de la deidad venérea.—Definición de amor.—A hembra remilgada, despierto varón.—Aquí el donaire estuvo en la mujer.—Dama de muchos, que se vendía por virgo.—Antes muerte que hartura.—Amor experto quiere dama práctica.—Galán goloso y valeroso.—Cuenta y razón de pagas amorosas.—Sueño deleitable.—A veces la esperanza engaña.—Que el goce pide prevención y espacio.—Defensa y caída de plaza sitiada.—Exceso y seso de la señora Venus.

Manuel de Pina: A un italiano que fué maestro de escuela.

Porras de la Cámara: Los criados del arzobispo.

Fray Damián Cornejo: Diligencia amatoria.—El paréntesis.—Batalla campal.

Iglesias: El siglo de oro (*Cuento primero, La reconciliación. —Cuento segundo, El fraile mendicante*).

Samaniego: La peregrinación.—Las bendiciones de aumento.—Las penitencias calculadas.—Las gollerías.—El miedo de las tormentas.—El panadizo.—Los calzones de San Francisco.—El matrimonio incauto.—La pulga.

Iriarte: El sombrerero.—El inquisidor y la supuesta hechicera.—Respuesta a una dama.

Bartolomé José Gallardo: El moro y el italiano.—El Dominus tecum.

El Duque de Rivas y Alcalá Galiano: Casos de conciencia.

García Gutiérrez: El aldabón del cielo.

Martínez Villergas: El rapé.

Poetas anónimos: Coplas de una dama y un negro.— La postema de Marica.— A un hombre que cortó las narices a otro porque le ponía los cuernos.— A una señorita que aborrecía a los hombres y se deleitaba con un alfilerero.— La conformidad.— Dulce tropiezo.— El ajo.

El Cancionero de amor y de risa constituye un volumen lujosísimo, con todas las páginas orladas en color y con cinco preciosos grabados a dos tintas.

Del libro se ha hecho una edición limitadísima a los siguientes precios:

Ejemplar de lujo, en papel de hilo . . . DIEZ pesetas.

Ejemplar ordinario CINCO pesetas.

Previo el envío directo del importe a la Administración, en giro postal, sobre monedero, letra de fácil cobro o cualquier otro efecto, se remitirá el libro *franco de porte, en paquete certificado*, al Extranjero y a provincias. En Madrid se servirá y se pasará el correspondiente recibo a domicilio.

No se atenderá en absoluto ningún pedido de fuera de Madrid que no venga acompañado de su importe.

Toda la correspondencia se dirigirá a nombre de

JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO

PASEO DE LUCHANA, 16. — MADRID.

Teléfono J-451.





Esta Colección de libros clásicos burlescos y galantes, dados a luz en ediciones ilustradas de tirada reducidísima, está exclusivamente formada de obras maestras de arte erótico, todas desconocidas en absoluto del público español, y se presenta en condiciones materiales de insuperable esplendor.

De cada volumen se hace una tirada de *cincuenta* ejemplares en soberbio papel de hilo de la fabricación empleada por la «Sociedad de Bibliófilos españoles», con la cubierta en pergamino; y otra de *trescientos* en papel pluma especial, con la cubierta en papel tela.

Previo el envío del importe de una obra a la Administración en giro postal, letra de fácil cobro o cualquier otro efecto, se remitirá el libro *franco de porte, en paquete certificado*, al Extranjero y a provincias. En Madrid (teléfono J-451), se servirá y se pasará el correspondiente recibo a domicilio.

LOS EJERCICIOS DE DEVOCIÓN

DEL CABALLERO ENRIQUE ROCH Y LA SEÑORA DUQUESA DE CONDOR.

Obra escrita en francés por el famoso y libertino abate de Voisenon, de alegre memoria.

EDICIÓN ORDINARIA, 3 PTAS.—EDICIÓN DE GRAN LUJO, 6 PTAS

ANANDRIA,

O CONFESIÓN DE LA SEÑORITA SAFO

Historia ingenua, rara y deliciosa, de una libertina precoz y de una sociedad secreta de amor sáfico. Obra francesa anónima del siglo XVIII.

EDICIÓN ORDINARIA, 5 PTAS.—EDICIÓN DE GRAN LUJO, 10 PTAS.

CANCIONERO DE AMOR Y DE RISA

En que van juntas las más alegres, libres y curiosas poesías eróticas del parnaso español, muchas jamás impresas hasta ahora y las restantes publicadas en rarísimos libros.

EDICIÓN ORDINARIA, 5 PTAS.—EDICIÓN DE GRAN LUJO, 10 PTAS.

Pídanse prospectos ilustrados gratis.

MADRID
1917

CINCC
PESE: A:

|| = ||
ACADÉMIA DE LAS DIGNIDADES
DE LA CIENCIA Y DE LAS LETRAS